

GEORGE

Texto para ópera dramática
Autor: Manuel Sánchez Arillo

Manuel Sánchez Arillo
C/. General Ricardos, 81 – 1º - B
28019 – Madrid
Teléfono: 91 471 19 82
manuelsanchezarillo@hotmail.com

Registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual de Madrid con el Número: M-008855/2023.

Detentor de derechos y propietario del COPYRIGHT: Manuel Sánchez Arillo.
S.G.A.E. de España: Socio Número: 28511.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, cinematográfica, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

GEORGE
Ópera dramática

Algunos puntos de vista acerca de la circunstancia y creación del texto de la ópera dramática GEORGE.

Tras varios viajes a Palma de Mallorca, aunque desde el primero ya se me ocurrió la idea, porque me había fascinado Valldemossa y la relación de la pareja formada por George Sand y Frèdèric Chopin, con la isla y la población que finalmente les acogió, decidí escribir un texto para ópera sobre estos dos personajes.

De vuelta a la península tras el penúltimo viaje, les comenté a varios amigos de la profesión teatral, entre otros a Lorenzo Collado Vázquez (actor, figurinista, escenógrafo y director de escena), que pensaba que ambos personajes románticos tenían la suficiente entidad para protagonizar una ópera, dedicada a ellos, y también al decorado natural corporeizado por la misma Valldemossa.

A todo el mundo le pareció (a Vicente Amadeo Ruiz Martínez, realizador de RTVE, también) una idea magnífica (cosa rara en el mundo del arte, si de unanimidad hablamos) y a más de uno le maravilló el proyecto.

Así las cosas, comencé a recopilar documentación, a procesarla, archivarla, etc., con más de un año de antelación a la fecha de la redacción y creación del texto recién terminado.

Con todo el material a mi disposición, empecé a escribir “GEORGE”, ópera dramática, el día 18 de septiembre de 2023 en la Biblioteca Pública Pedro Salinas, situada en la Puerta de Toledo, en Madrid.

Había preparado con antelación, llevaba un año en ello, un exhaustivo argumento general, otros secundarios paralelos al principal, escaletas de todo tipo, esquemas de escenas, estudios de personajes y un sin fin de anotaciones e ideas que, sin lugar a dudas me habrían de ser necesarias; todo ello para que me fuese más fácil avanzar en la jungla de la dramaturgia, para poder culminar mediana y aceptablemente el trabajo.

Tal vez algunos “versos” sean demasiado extensos (largos) para el intérprete cantante, no lo sé, pero el caso es que así han nacido de manera más o menos natural; más como habrá que pactar con el compositor, se podrá corregir ese pequeño obstáculo.

También, las “tiradas de versos” son bastante extensas y algunas escenas lo mismo (en el sentido monologal); pero en este último caso solo he pretendido que los cantantes intérpretes tengan suficiente “carne textual” (dicho sea en el argot de los actores) para profundizar en el carácter de cada personaje y entrar en “calor interpretativa”.

Con todo el trabajo adelantado, ya mencionado, alcancé la velocidad de crucero, escribiendo el texto, para terminar la obra el día 25 de noviembre de 2023, aproximadamente dos meses después, Dios me perdone.

Sobre George Sand (Amantine-Aurore-Lucile Dupin), añadir solamente:

“así queda excusada de citar sus innúmeros amantes [...] Aparecerán, sí, los más famosos, pero en calidad de simples amigos. Eso le permitirá contar, por ejemplo, a propósito de la enfermedad de Musset, en Venecia, que estuvo “diecisiete días a su cabecera sin descansar más de una hora de cada veinticuatro” olvidando decirnos que encontraba tiempo para serle infiel con Pagello, el joven médico veneciano que atendía al enfermo, y que volvió con ella a París. De Jules Sandeau nos dirá que revisó íntegramente su primera novela, pero pasará por alto las para él extenuantes relaciones íntimas que mantenían, tanto que ella decía ser “su piel de zapa”. Despiadado comentario en la línea del calificativo cariñoso de “mon petit cadavre” con el que obsequiaba a Chopin a quien, eso sí nos lo cuenta con asombrosa tranquilidad, dejaba días enteros solo, en las húmedas celdas de la Cartuja de Valldemossa, asediado por terribles alucinaciones, con su piano y su tuberculosis...”

Sand, George (1995). Historia de mi vida. Salvat Ediciones, S. A. Barcelona. Pág. 9.

La cita anterior basta para justificar que en Valldemossa, George Sand pudo mantener una relación con alguien que desconocemos en la actualidad, que podía llamarse perfectamente Pau Androver. No la censuramos, puesto que estaba en su perfecto derecho de hacer con su vida aquello que más le conviniese.

Manuel Sánchez Arillo

GEORGE
Ópera dramática

ELENCO

Geroge Sand, 34 años, mezzo soprano.

Marinero, 25 años, barítono.

Aduanero 1º, 35 años, bajo.

Aduanero 2º, 40 años, bajo.

Frèdèric Chopin, 28 años, barítono.

Grupo 1º, dos mujeres y un hombre, edad indefinida, mezzo sopranos y tenor.

Grupo 2º, tres hombres, edad indefinida, dos barítonos y un bajo.

Samuel Levy, 50 años, bajo.

Isaac Levy, no habla ni canta, 22 años.

Marc Androver, 50 años, bajo.

Pau Androver, 22 años, tenor lírico.

Coro. (Formado por los intérpretes del montaje que el director considere necesarios).

Maurice Sand, 14 años, tenor lírico.

Solange Sand, 9 años, Soprano ligera.

Blas “El largo” (“Su vida transcurría entre el vino y al devoción”. George Sand), 55 años, bajo.

Sacristán, 20 años, barítono.

Rafael Torres, 24 años, tenor.

El gran diablo (le confesó a George Sand que era abogado), edad indefinida, bajo.

Guitarrista 1º, 30 años, tenor.

Guitarrista 2º, 28 años, tenor.

Violinista, 25 años, bajo.

Castañueleros 1, 2, 3 y 4, edades indefinidas, de 20 a 24 años, tenores.

Lugareña 1ª, 30 años, soprano lírica.

Lugareña 2ª, 25 años, soprano lírica.

Lugareña 3ª, 40 años, soprano lírica.

Lugareña 4ª, 26 años, soprano lírica.

Lugareña 5ª, 28 años, soprano lírica.

Lorenzo Collado Vázquez, 30 años, tenor.

Gustavo Reusens Girbau, 30 años, tenor.

Santiago Bellón Serrano, 30 años, tenor.
 Joan Calafat, 50 años, bajo.
 Archiduque Luis Salvador Habsburgo-Lorena, edad indefinida, barítono.
 Alcalde municipal, 50 años, bajo.
 Cabecilla de Sóller, 22 años, barítono.
 Guardia 1º, 30 años, bajo.
 Guardia 2º, 40 años, tenor.
 Guardia 3º, 30 años, no habla ni canta.
 Guardia 4º, 40 años, no habla ni canta.
 Cartujo boticario, 40 años, tenor.
 Gente del pueblo en general.

Nota 1: *para el vestuario de personajes mallorquines de “GEORGE”, ópera dramática, ver la Parte III, Capítulo I de “Un invierno en Mallorca”, de George Sand.*

Nota 2: *las edades de los personajes de ficción, son proporcionales a la longevidad de los mallorquines de la época, 1838-1839.*

Nota 3: *George Sand y Frédéric Chopin, llegaron a Mallorca el 8 de noviembre de 1838 (habían partido de Barcelona el día 7 por la tarde-noche); a bordo del paquebote de vapor “El Mallorquíñ”. Tras una serie de vicisitudes por Palma y sus alrededores buscando vivienda (calvario que comenzaron aproximadamente el 9 de noviembre) habitaron en varios sitios hasta el día 14/12/1838. Se instalaron en la actual celda número 4 el 15 de diciembre de 1838, abandonando Valldemossa el 11 de febrero de 1839, para partir de Mallorca hacia Barcelona el 13 del mismo mes.*

Nota 4: *sugerimos que los decorados para la puesta en escena, por la cantidad y variedad de los espacios escénicos que se citan, sean sustituidos por proyecciones. El motivo no es otro que la rapidez en los cambios de decoración y los costes económicos que se ahorrarán con esta medida.*

Nota 5: *información orientativa respecto al Primer acto, pág. 6. Canción popular mallorquina de Sor Tomassetta (evidentemente sujeta a los derechos de autor correspondientes). Letra: <https://www.viasona.cat/grup/queta-teo/cancons-de-mallorca/simfonia-popular-mallorquina>*

Cantada: <https://www.youtube.com/watch?v=x7LkR1WGZUw>

Nota 6: *información orientativa respecto al Segundo acto, pág. 57. Bailes típicos mallorquines, como referencia para el ballet narrativo, (evidentemente sujetos a los derechos de autor correspondientes).*

<http://mestelrich2.blogspot.com/2017/01/bailes-tipicos-mallorquines.html>

PRIMER ACTO

Escena I

Borda del paquebote de vapor “El Mallorquín” en plena travesía, de la noche del día 7 al 8 de noviembre de 1838, Barcelona-Mallorca. Con algunos intervalos de claro de luna que las nubes dejan pasar, de fondo se oye al timonel que canta, suave y dulcemente, la canción popular mallorquina “Sor Tomasseta”, para no dormirse, arrullado por las olas del mar. George Sand, con vestuario masculino y fumando un puro, rememora recuerdos, algunas ensueños, circunstancias de su vida, cuestiones morales, sociales y feministas.

GEORGE SAND.- El humo del barco,
 el de mi puro
 y cuantos el fuego crea,
 deben tener en el cielo
 grandes líos de faldas,
 porque todos suben ansiosos,
 escalando las alturas
 fuera de sí y trastornados.
 ¿Aunque, acaso mi vida
 no es prima hermana
 de algo parecido,
 extraño y descerebrado?
 Mallorca nos espera
 como una sirena varada,
 misteriosamente hermosa,
 seductora entre sedas
 de niebla y el azul turquesa
 de su eterno amante el mar.
 Más los pasos de mi mente,
 asociados con el martirio
 de mi recuerdo imborrable,
 hacan que regrese a mi camino. (*Pausa*).
 ¿Por qué hubo de contar,
 esa irresponsable opinión
 Víctor Hugo y tildar
 mi comportamiento público,
 sin ninguna piedad,
 de género inclasificable?
 ¿A quién le debe importar
 si él me “presiente dudoso
 como su hermano o hermano”?
 Solo yo he de determinar
 lo que a mí me compete,
 así que se guarde su respeto
 y que no decida lenguaraz
 sobre nadie ni nada
 que pueda interesar a sus colegas,
 que reserve su mala tinta
 para sus plumíferos negros

y me deje en paz.

Se le acerca un marinero que la aborda insinuándosele.

MARINERO.- Señora, estáis muy sola,
aunque bien acompañada
de humo, puro y ola.

GEORGE SAND.- Y así quiero seguir.
Ni el aire se puede tomar
sin que una contrariedad
nos pueda embestir.

MARINERO.- Disculpe, pensé...

GEORGE SAND.- Pensar en algunos es novedad.

MARINERO.- (*Retirándose*). Esta noche no es propensa
para ninguna aventura. (*Queda a cierta distancia, sin perderla de vista*).

GEORGE SAND.- En este paquebote a vapor,
de nombre “El Mallorquín”,
a Mallorca voy buscando
salud para Federico
y una interrogante para mí.
“Hace siete años
que vivo como una virgen
con Chopin y con los otros”.
Mi primera impresión,
que murmuré a Madame Marliani,
cuando a él le conocí:
“Ese señor Chopin, ¿es una niña?”,
acabaré por ser realidad
de no remediarlo pronto.
Aunque él, parece ser,
que opinó a Ferdinando Hiller,
según este me contó,
“¡Qué antipática es esa Sand!
¿es una mujer? ¡Estoy por dudarlo!”.

El Marinero vuelve a pasar junto a George Sand haciéndose el contradizo.

MARINERO.- ¿Ha cambiado ya de rumbo?

GEORGE SAND.- La derrota que llevo
sigue la estrella
de mi inequívoco sino.

MARINERO.- Tengo un camastro,

no muy limpio,
en el que alguien
escribió “destino”.

GEORGE SAND.- En algún maldito lugar,
del reino de las pesadillas,
lo debió de rotular.

MARINERO.- Es extranjera, no hay más que ver.

GEORGE SAND.- No quisiera ser yo
quien te eche
al fondo del mar.

MARINERO.- Huyo del agua como gato
escaldado.

GEORGE SAND.- ¡No lo puedes negar!
¡Largo, sucio, o gritaré!

MARINERO.- Ya me voy, prefiero la suciedad
al proceloso mar.

GORGE SAND.- ¡Vete, mal sueño nocturno,
y déjame divagar! (*Pausa*).
¿Es locura pretender
que la mujer se libre del cepo
al que en el pasado fue condenada?
Los tiempos nuevos son mensajeros
de propuestas esperanzadoras,
mediante las que pueda compartir
su talento y responsabilidades
con el hombre,
que ahora le están prohibidas,
exponiendo en el gran mercado
de la humanidad sus ideas
y deseos para el futuro,
en comunión y colaboración
con el varón.
Tal vez de ese modo
la pobreza se podría erradicar.
El instinto maternal
es una luz demasiado
brillante y poderosa
para estar encadenado
a tanta iniquidad. (*Oscuro total*).

ESCENA II

George Sand y Chopin están situados en el centro del espacio escénico, sentados en un banco público, en una plaza de Palma, en pleno día, agotados tras haber peregrinado por toda la ciudad buscando una casa para alquilar. Rodeados por un trío definido de grupos de palmesanos, formados por tres miembros cada uno de ellos, que portan alegorías escénicas. El primero hojas de ventanas (evidentemente pequeñas), el segundo cerraduras y el tercero goznes de puerta.

GEORGE SAND.- ¡No puedo más! Hemos recorrido enteramente casi toda Palma y no se nos ha ofrecido ninguna mediana posibilidad. Esto de conseguir vivienda es un nunca acabar, pues no hay quien entienda que nada podamos encontrar.

CHOPIN.- ¡Dimito de esta obcecación! El cielo y las estrellas, sin tener ninguna obligación, no me parecen tan mal, es más, son una tentación, aunque acabemos como un animal, con la bóveda celeste como techo y la tierra por colchón.

GEORGE SAND.- Si lo cuentas en un sitio, que no sea este, nadie jamás te creerá.

CHOPIN.- Pues qué me vas a contar que no haya sospechado yo.

GEORGE SAND.- Hagamos un último esfuerzo, preguntemos a estas gentes, por si un peregrino milagro se pudiera hoy producir.

CHOPIN.- Yo sé lo que vamos a conseguir.

GEORGE SAND.- ¿Qué?

CHOPIN.- Un fuerte dolor de cabeza.

GEORGE SAND.- (*Levantándose*). ¡Nunca se acaba, si jamás se empieza!

CHOPIN.- ¡Qué cara de víctima debo tener!

GEORGE SAND.- ¡Levanta y encomiéndate a Dios!

- CHOPIN.- *(Irguiéndose).* ¡No consuela que vayamos los dos!
- GEORGE SAND.- *(Acercándose al primer grupo).* ¿Buenas, nos pueden informar?
- GRUPO 1º.- *(Siempre a coro).* Diríjase a nosotros con más solemnidad.
- GEORGE SAND.- ¿Ostentan algún cargo público?
- GRUPO 1º.- Pertenecemos a la asociación de antiguos inquilinos, que es privilegio y condición por haber sido vecinos en esta eximia población.
- GEORGE SAND.- ¿Qué función es la de ustedes?
- GRUPO 1º.- Defender nuestros derechos.
- GEORGE SAND.- ¿Mi acompañante y yo podemos saber, si se nos permite, cuáles son?
- GRUPO 1º.- Cada uno portamos una distinción, alegoría de puerta, bastidor, gozne, cerradura, hoja o cualquier otra.
- GEORGE SAND.- ¿Qué representa cada una de ellas?
- GRUPO 1º.- Las veces que fuimos inquilinos, las que nos mudamos de vivienda y, según cuantas portamos, el grado que hemos alcanzado en esta disciplinada organización. Porque al abandonar cada casa que hemos, como inquilinos, habitado, nos llevamos las puertas, hojas de ventanas, marcos, cerraduras y goznes, ya que quienes fabrican todo eso, al proporcionarles nosotros, indirectamente, mucho trabajo, nos tienen en consideración regalándonos por tal operación.
- CHOPIN.- ¿Por qué se las llevan al irse de las casas?
- GRUPO 1º.- Para demostrar nuestra contribución.
- CHOPIN.- *(A sottovoce).* ¡Bendito sea Dios, qué proceder tan raro! ¡Cometer un delito es aquí tradición!

- GEORGE SAND.- (A sottovoce). ¡Vendo un insopportable dolor de cabeza sin goznes, puertas, cerradura, ni bastidor!
- CHOPIN.- (A sottovoce). ¡Qué mazurca para un pintoresco manicomio!
- GEORGE SAND.- (A sottovoce). Al marcharse de las viviendas no hay peligro de que ese espíritu, que los alienta, ni vivo ni muerto, permanezca en las casas, como tan rara costumbre, porque sin puertas ni ventanas al mismo infierno irá a parar, con las corrientes de aire que en el edificio pudieran circular.
- CHOPIN.- (A sottovoce). Pregunta a otro grupo antes que al suelo, de la impresión, con mis huesos vaya a dar. ¡Qué sofocón!
- GEORGE SAND.- (*Mientras se acerca al Grupo 2º. Aparte y a sottovoce*). Estos palmesanos de cuento, portan indiscretas cerraduras con los ojos de las mismas abiertos a toda curiosidad, veamos si son ciegos, embusteros, o si los hierros de sus muelles chirrían para alertar a todo Dios, o si solo admiten la pícara llave que los deseé a cualquier hora penetrar.
 (A tono normal). ¡Oigan, amigos de la seguridad! ¿Por qué se llevan las cerraduras, si las puertas en su sitio ya no están?
- GRUPO 2º.- Si nuestros parientes poseen las puertas ya no las podrán volver a cerrar.
- GEORGE SAND.- O sea, que ni ellos se arreglarán ni ustedes tampoco. ¡Qué barbaridad!
- GRUPO 2º.- Ese grupo porta goznes y nada sin ellos podrá girar, entrando o saliendo en ninguna casa que con posterioridad, algún recién llegado pueda alquilar.
- CHOPIN.- ¡Cualquiera sabe qué pueden pretender!
- GRUPO 2º.- Es una forma de personalizar nuestra manera de ser y de pensar.

- GEORGE SAND.- No entro ni salgo en tal berenjenal.
- CHOPIN.- ¿En esta plaza se reúnen siempre?
- GRUPO 2º.- En este lugar nos encontrará
cada día veinte de la semana.
- GEORGE SAND.- No creo que exista una semana tan larga.
- GRUPO 2º.- Pues entonces cada treinta
de febrero, que lo mismo nos va a dar.
- CHOPIN.- ¿En esta “era” queríamos preguntar
si sabían de alguna casa para alquilar?
- GEORGE SAND.- Aquí se “trillan” impensables locuras
y aunque enciendan millones de velas
lo más probable es que sigan a oscuras. (*Oscuro total*).

ESCENA III

Oficinas de la aduana en el puerto de Mallorca, a través de cuyos ventanales se aprecia que llueve incansable y torrencialmente. George Sand, con vestimenta masculina, fumando un puro y en un estado de nervios a punto de estallar, se enfrenta a los aduaneros. Frèdéric Chopin, con un pañuelo con alguna mancha de sangre y tapándose la boca, intenta apoyar a su pareja.

- GEORGE SAND.- (Entrando seguida de Frèdéric Chopin. Aparte).
 Tras un tiempo en la isla,
 alojados en el único sitio
 que por milagro hemos podido
 conseguir, y que muera si miento,
 por fin ha llegado el piano Pleyel
 desde el añorado París.
 Esta es la aduana portuaria
 de Palma y en ella están
 las hidras de siete cabezas
 de quienes la regentan,
 responsables de la situación.
 Llueve incansablemente
 desde hace dos angustiosas semanas.
 La humedad está ya metida
 hasta en los pensamientos
 más íntimos, y tras quince jornadas
 viniendo a diario desde el campo,
 donde intentamos sobrevivir,
 a luchar contra los aduaneros,
 con toda esperanza perdida,
 hoy hemos de dilucidar
 si el piano se lo estrellamos

a alguien en la cabeza,
que a todos los aduaneros
debe servirles, poco más o menos,
solo para ponerse el sombrero.

- ADUANERO 1º.- (*A sottovoce*). ¡Ya están aquí las víboras francesas, y yo sin confesar!
- ADUANERO 2º.- ¡Pues ya somos dos!
¡Qué angustia me da!
- ADUANERO 1º.- (*A tono normal*). ¡Señora y acompañante, buenos días tengan ustedes!
- GEORGE SAND.- Lo mismo digo, señor aduanero.
- CHOPIN.- Les saludo a la recíproca.
- GEORGE SAND.- ¿El oficial de ayer, dónde está?
- ADUANERO 2º.- Con una terrible jaqueca.
- ADUANERO 1º.- (*Con intención*). No sabemos por qué causa será.
- GEORGE SAND.- ¿No se encuentra en la aduana?
- ADUANERO 1º.- No señora, y sospechamos lo peor,
temiendo que a nado
pueda estar intentando
alcanzar el continente,
para librarse de cierto suplicio
del que, al parecer, cree que morirá.
- GEORGE SAND.- ¡Oh Dios, no es justo! ¡Qué fatalidad!
- ADUANERO 1º.- ¿Pues qué le sucede a usted?
¿Tanto estima a nuestro oficial?
- GEORGE SAND.- ¡No, ni mucho menos, por Dios!
- ADUANERO 2º.- ¿Pues qué es, si puede saberse?
- ADUANERO 1º.- ¡Cuéntenoslo sin tardar!
- GEORGE SAND.- ¡Qué había de ser, sino una catástrofe!
- ADUANERO 1º y 2º.- (*A dúo*). ¡Usted dirá!
- GEORGE SAND.- ¡Que habrá que empezar de nuevo!

- ADUANERO 1º y 2º.- (A dúo). ¿A qué?
- GEORGE SAND.- A negociar.
- ADUANERO 2º.- No hay nada que dilucidar.
- GEORGE SAND.- ¡No es posible!
- ADUANERO 1º.- Lo será, pues no hay nada que negociar.
- CHOPIN.- (*Adelantándose al tiempo que hace un gesto a George Sand para que guarde silencio. Aparte*).
 Ya estamos con los dimes y diretes
 de los quince días anteriores,
 de estos probos chupatintas,
 que son peores que sus superiores,
 mientras que el mal que me está matando
 avanza sin ninguna piedad,
 siendo el Pleyel la medicina
 que medio me podría curar.
 La inspiración llama insistente
 a mi puerta y no la puedo rechazar.
 Antes que estos insensibles
 aduaneros, cuya presencia nos aterra,
 está mi música, que es mi realidad.
 Tendremos que claudicar
 pagando impuestos abusivos;
 derechos, más bien torcidos;
 portazgos, sin puertas que traspasar;
 leyes hechas por el diablo,
 y esta maldita enfermedad.
 ¡Quince días negociando
 agotan la paciencia del tiempo!
 Así que paguemos, si no hay más
 remedio que pagar...
 Aunque sin dinero para comer
 y costosas medicinas que abonar,
 poca música voy a componer. (*A tono normal*).
 Escuchen sus mercedes, por favor,
 pues el alma en ello me va.
- ADUANERO 1º.- Diga el caballero, mejor será,
 lo que tenga que contar.
- CHOPIN.- ¿Saben ustedes, por casualidad, quién soy?
- ADUANERO 2º.- Ninguna noticia tenemos hasta hoy.
- CHOPIN.- Un músico, cuya herramienta
 de trabajo es ese piano Pleyel.

- ADUANERO 1º.- Hasta ahí acertamos a comprender.
- CHOPIN.- Entonces convendrán conmigo
que me es imprescindible
para que pueda trabajar.
- ADUANERO 2º.- También alcanzamos hasta ese punto.
- CHOPIN.- Pues ya ven, no hay nada más que hablar.
- ADUANERO 1º.- ¿Sobre qué, señor?
- CHOPIN.- Pues que el piano me lo tienen
que entregar.
- ADUANERO 1º.- En todo estamos de acuerdo...
- CHOPIN.- Gracias señor aduanero...
- ADUANERO 1º.- Pero después de pagar.
- CHOPIN.- La cantidad que podamos sufragar.
- ADUANERO 2º.- La Ley no dice nada de impuestos a la carta.
- CHOPIN.- Tampoco de secuestrar la mercancía.
- ADUANERO 1º.- Indica solo que los hay que abonar.
- GEORGE SAND.- (*Interrumpiendo*). ¡Ya estamos de nuevo al principio!
¡Así no podemos, de ningún modo, avanzar!
¡Estoy quemada! ¡Harta hasta decir basta!
¡Así reviente! ¡Maldita sea mi suerte!
¡Satanás se pudra! ¡Puta eme!
- ADUANERO 1º.- ¡Pierdan toda esperanza de que gratis
se lo vayan a llevar!
- CHOPIN.- ¡Silencio por favor!
¡Este piano me va a matar!
(*Tose casi hasta ahogarse*).
¡Tengan piedad, mi salud no da para más!
- ADUANERO 1º.- ¿Qué sugiere el caballero?
- CHOPIN.- Ayer quedamos, con el oficial ausente,
que por cuatrocientos francos
de derechos de entrada, ni uno menos,
ni uno más, nos lo podrían dar.

ADUANERO 1º.-

(Consultando un mamotreto de papeles).
Según las notas que aquí tengo
esa es toda la verdad.

CHOPIN.-

¡No se hable más, maldita sea,
aunque nos muramos de hambre
y no tengamos con que nos puedan enterrar!
(Aparte). Los prestamistas judíos tienen más caridad.
Me aterroriza que llegue la inspiración
y no tenga un teclado con que atraparla.
¿Cómo es posible que este piano,
traído desde Francia, valga tanto
como los derechos de entrada
que nos quieren cobrar?
Entiendo que diga la gente
que la usura tiene cara de aduanero.
Hemos querido devolverlo.
¡No nos lo permiten por ningún concepto!
Intentamos dejarlo en el puerto.
¡No es posible, porque está prohibido!
Pensamos hacerlo entrar en Palma,
por otro lugar para evitar el portazgo,
que es otro impuesto distinto
al de derecho de aduanas.
¡Tampoco, por impedirlo las leyes!
Pensamos dejarlo en la ciudad,
para esquivar los derechos de salida,
que son distintos a los de entrada.
¡Pues no puede hacerse porque
la Ley también lo persigue!
¡Conque arrojarlo al mar es la única
solución que nos queda!
Así que tras quince días de negociaciones
lograremos sacarlo por una imprevista
puerta amparada en una rebaja inesperada,
previo salvoconducto de cuatrocientos francos.
¡Incautos de nosotros, el lado oscuro
de los setecientos francos que nos pidieron
al principio, nos parece barato!

GEORGE SAND.-

Vamos Federico, pasemos por ventanilla.
(Iniciando el mutis). Paguemos si hay que pagar,
y pongámonos en la calle a remojar.

CHOPIN.-

(Sarcástico). Un poco de agua no nos vendrá mal.
(Oscuro total).

ESCENA IV

Una mañana de lluvia torrencial, que se aprecia a través de los ventanales de una oficina, con algún aspecto identificativo que se asocie, al primer golpe de vista, con un despacho de judíos prestamistas. En dicha oficina se encuentran Mossén Samuel Levy, de unos 50 años, al parecer el dueño del negocio, su hijo Isaac Levy, de 22 años; el señor Marc Androver, terrateniente de 50 y el hijo de este, de 22, Pau Androver.

- SAMUEL LEVY.- Dentro de un año, si la deuda no fuese abonada completamente, las propiedades de usted pasarán a nuestro poder, como pago de la misma.
- MARC ANDROVER.- ¿No hay ninguna otra solución?
- SAMUEL LEVY.- Imposible, el contrato del empréstito que firmó es concluyente.
- MARC ANDROVER.- ¿No nos renovará el crédito?
- SAMUEL LEVY.- Sin un aval solvente, no.
- MARC ANDROVER.- ¿Mis tierras no son suficiente garantía?
- SAMUEL LEVY.- No, porque nos las debe en su totalidad. Tenga en cuenta que solo le quedan seis meses, el medio año restante es en consideración a las buenas relaciones que hemos mantenido. Hágase cargo de que le regalo ciento ochenta y dos días y medio de disfrute de su heredad.
- PAU ANDROVER.- (*Un galán de 22 años, uno ochenta y uno de estatura y tremadamente atractivo*). Señor padre, marchémonos, es inútil insistir, no hay solución.
- SAMUEL LEVY.- (*Reparando en el hijo de Marc Androver y tras una pequeña pausa*). Señor Androver, su hijo tiene una gran presencia... Tal vez en ella esté su salvación. Pido disculpas por poner a su vástago en el platillo de la balanza de la situación de usted.
- MARC ANDROVER.- ¡Por todos los santos! ¿Qué quiere decir?
- SAMUEL LEVY.- Es una idea meramente comercial.
- PAU ANDROVER.- ¿Yo tratado como un fardo de algodón?

- SAMUEL LEVY.- No mal interpreten mi buena intención.
- MARC ANDROVER.- No lo hacemos, pero por Dios que no es momento de bromas pesadas, diga claramente cuál es la cuestión.
- SAMUEL LEVY.- En Valldemossa, donde ustedes residen y tienen sus propiedades, hay familias, muy ricas, que jamás han recurrido a solicitarnos a los judíos empréstito alguno, como usted sabe.
- MARC ANDROVER.- En mi familia no solemos tener en cuenta la vida, obra y milagros de otras casas, tal vez por tradición.
- SAMUEL LEVY.- Pues créame, esa llamémosle política, es necesaria, porque los negocios no serían tal cosa sin ella. Hay que conocer, de primera mano, cuanto pueda afectar, directa o indirectamente, a nuestro dinero, en todo momento. ¿Sabe por qué?
- MARC ANDROVER.- Perdóneme, Mossén Samuel Levy, no lo sé.
- SAMUEL LEVY.- Porque la moneda grande se cuida sola, y a la moneda pequeña hay que cuidarla.
- MARC ANDROVER.- En estos días, con este quebradero de cabeza, que me está matando, no tengo mi mente para nada. Sin liquidez económica alguna, viendo como todo cuanto poseo es ya más de otros que mío; hay que pagar a los payeses, que aprieta como zapatos nuevos; la necesidad de reparaciones absolutamente imprescindibles en todas las propiedades; seguir con nuestro nivel de vida, mantener la dignidad y el estatus de mi familia, cueste lo que cueste, mientras veo que se derrumba el castillo de naipes de mi existencia.
- SAMUEL LEVY.- Los plazos se cumplen inexorablemente, los acreedores y los sentimientos no nos llevamos nada bien, tengo que responder ante los socios,

y tendré que acatar su dictamen.

PAU ANDROVER.- ¡No atosigue a mi padre, Samuel Levy!
¡En mi familia no conocemos la usura!

SAMUEL LEVY.- Joven, haré como que no le he oído.
Los empréstitos hay que devolverlos,
con sus intereses incluidos.
De no tenerlo que hacer así
sería porque no se han pedido.
A los judíos nos viene todo el mundo
a solicitarnos préstamos económicos;
nosotros aplicamos la Ley que nos permite
la Monarquía Española, que también
se lleva su parte mediante impuestos.
Usted puede que no conozca la usura,
pero si no aceptan la idea que se me
ha ocurrido, conocerá la miseria,
que es muchísimo peor que la usura.

MARC ANDROVER.- ¡Hijo, cállate! Mossén Samuel Levy, disculpe.

SAMUEL LEVY.- ¿Puedo exponer lo que he discurrido?

MARC ANDROVER.- Adelante y perdón de nuevo, le escucho.

PAU ANDROVER.- (*Aparte*). Veamos qué sale por la boca de Caifás,
no sea que a Pilatos me vaya a mandar.

SAMUEL LEVY.- Case a su hijo con alguna rica heredera.
Si la familia de la joven pide algún informe,
que dependa de nosotros, no se lo daremos.

MARC ANDROVER.- Ha dado en el clavo, no es mala idea.

PAU ANDROVER.- ¿Y qué pasará si es absolutamente fea?

SAMUEL LEVY.- Que se apaga la luz y a otra cosa.
Ustedes tienen apellido y prestigio,
la familia de ella pondrá el dinero.
Este tipo de enlaces es muy común
y está a la orden del día en Mallorca.

PAU ANDROVER.- ¿Y si es de día, qué haré Dios bendito?

SAMUEL LEVY.- Lo que hace todo el mundo por dinero.

PAU ANDROVER.- (*Algo molesto*). ¿Qué, señor judío? Dígamelo.

SAMUEL LEVY.- Meter sus prioridades en un sumidero.

PAU ANDROVER.-

(Aparte, mientras se aleja un poco de los presentes).

Ya lo auguraba mi difunta abuela,
los nobles, supuestamente ricos,
de Mallorca, acabaremos mal,
aunque los bienes raíces nos pertenezcan
si no logramos ningún beneficio,
producido por nuestras propiedades,
con empréstito va y empréstito viene
los judíos con todo se quedarán,
tierras, inmuebles y dinero,
sin nada material nos van a dejar.
Mallorquín noble no pidas empréstitos
si no te quieres arruinar.
Maldita situación que con una fea,
si no ando listo, me van a casar.
Mi juventud encadenada a un empréstito,
como galeote de por vida se me condenará.
Dios dirá, en este sumario
juicio sobre mi negro futuro,
que las costumbres de los terratenientes
me obligarán a aceptar. ¡Avante toda! (*Oscuro total*).

ESCENA V

Una mañana de un día grisáceo, cuya verdadera protagonista es una lluvia persistente y abundante, que se deja ver a través de los cristales de las ventanas de una sala, bastante destalada en cuanto a mobiliario se refiere, de la casa de George Sand y Chopin. El espacio escénico está dividido en dos mitades. En la de la izquierda del actor figura que es la casa de George Sand y Chopin, la de la derecha es el campo que rodea la vivienda. Chopin, envuelto en una manta, contempla el desolador panorama tosiendo de vez en cuando. Entra George Sand.

GEORGE SAND.-

¿No deberías estar en la cama?

CHOPIN.-

*(Tosiendo). Como mi lecho no tiene timón,
he decidido tocar tierra.*

GEORGE SAND.-

No podemos permitirnos
demasiadas cosas,
si se agrava tu enfermedad
no sé qué podremos hacer.

CHOPIN.-

Esta casa es una cisterna,
cuyo interior habitamos,
o nadas, o te ahogas,
aquí no podemos sobrevivir.
Las paredes chorrean agua,
estamos en las afueras,
de las afueras de un campo,

algo alejado de la ciudad,
rodeados de casas de payeses.
No sería de extrañar que una riada
traicionera se nos llevara,
con casa y todo, al mismo infierno.

- GEORGE SAND.- Creía que ya vivíamos en él.
- CHOPIN.- Más nos valiera, mi bella Dulcinea.
- GEORGE SAND.- Pero decir verdades como catedrales
no hará que yo te de un salvo
conducto para que puedas vagar,
en tu estado, por el lago
con techo que es esta vivienda.
Por favor, vete a la habitación.
- CHOPIN.- (*Iniciando el mutis*). A sus órdenes, mi superior.
¿De quién es esa carta?
- GEORGE SAND.- Después te lo diré, tu salud
es más importante, pon de tu parte.
- CHOPIN.- De acuerdo, me voy al charco
donde se anegan mis sueños. (*Sale*).

Comienza a aproximarse al espacio escénico, un efecto de sonido, desde la derecha del actor, que penetra al interior de la casa de George Sand y Chopin. Es, en principio, un rumor sordo, de tono airado, de un número considerable de personas que protestan enfurecidas.

- GEORGE SAND.- (*Para sí*). No se pueden matar los mensajeros
con cuerpo de papel, sibilina maldad.
Esta carta, según su remitente,
es del dueño de esta casa, Señor Gómez,
propietario de este pantano,
por lo que certamente sospecho
que contendrá una sentencia
condenatoria más que una absolución.
(*Atendiendo a la calle*).
Ese rumor es sobrecogedor,
¿De dónde procederá?
No entiendo nada de lo que dicen
quienes vociferan sin parar.
Más la carta he de abrir
si de su contenido me quiero enterar.
(*Abriéndola*). Veamos lo que en ella se dirá.
(*Leyendo*). “Señora Amantine Aurore Lucile Dupin:
Enterado de la contagiosa enfermedad
que padece uno de los miembros

de su familia y velando
 por la seguridad de la mía,
 me veo en la necesidad
 de exigirle que, a la mayor brevedad,
 abandonen la casa que les alquilé.
 Firmado: el propietario, Señor Gómez.”
 ¡Era de esperar! La superstición,
 oportuna, no se hizo de rogar,
 en forma epistolar nos acaban
 de linchar. ¿Qué puedo hacer?
 ¡Cómo proceder y actuar,
 la precipitación no es buena compañera
 en una situación de tanta necesidad!
 No podemos conseguir una vivienda,
 de hoy para mañana, pues es imposible
 llegar y besar ningún santo,
 con cientos de miles de refugiados
 de la guerra que huyen de la península,
 en una isla en la que ya somos
 unos apestados, nos guste o no,
 pues el rumor de nuestra salud
 nos antecede. Ahora sí que
 viviremos como parias sin techo.
 Al cónsul francés en Palma
 habré sin remedio de recurrir,
 si como personas queremos vivir.

Por la derecha del actor, en medio de un turbulento rumor en crescendo, aparece un grupo numeroso de payeses que acaba por estallar contra los inquilinos de la casa, comenzando a gritar violentas consignas contra quienes la habitan.

CORO.-

¡Los tísicos nos quieren contagiar,
 por lo que han de irse de este lugar!
 ¡Nuestros pulmones no serán posada
 de mal tan contagioso y criminal!
 ¡Hemos visto al doctor salir despavorido
 y sin duda por algo habrá sido!
 ¡Fuera, fuera y fuera tanta maldad!
 ¡No queremos ver la muerte rondar
 a ninguno de los de nuestro lugar!
 ¡La Tisis navega mejor con la lluvia
 por lo que nadie la podrá parar!
 ¡Fuera de aquí, váyanse ya,
 o al mar los vamos a echar!

En medio de un griterío ensordecedor una piedra impacta contra una de las ventanas de la casa destrozando un cristal y causando un gran ruido. Los hijos de George Sand (Maurice Sand, de catorce años, y Solange Sand, de nueve, vestida de varón siempre); seguidos de Chopin, irrumpen corriendo en la sala aterrorizados y gritando.

MAURICE SAND.- ¡Mamá, mamá, mamá! ¿Qué pasa?

SOLANGE SAND.- ¡Nos van a matar!

CHOPIN.- (*Ahogándose y tosiendo*).
¡Jamás imaginé que una guerra
en Mallorca iba a vivir!

Se abrazan los cuatro. Chopin tose compulsivamente de vez en cuando.

GEORGE SAND.- (*Aparte*). Buscando paz, buen clima
y tranquilidad, a Palma llegamos
sin sospechar que en esta situación
nos íbamos a encontrar.
¡Qué inesperada aventura
vamos a protagonizar!
¡La vida de mis hijos
es lo que me debe importar!
Mi pobre amante, huérfano de salud,
y sin ninguna potestad
sobre su delicada persona,
a poco que sufra,
he de impedir que lo pueda,
a su pesar pagar. (*Oscuro total*).

ESCENA VI

Noche cerrada. Llueve constantemente, como demuestran los efectos de la lluvia, a través de las ventanas del dormitorio de George Sand y Chopin, en el consulado francés en Palma. George Sand, embutida en una bata talar pasea de un lado a otro. Chopin, vestido con otra prenda de características similares, realiza los mismos movimientos que ella pero al contrario, ensimismado en alguna elucubración rítmica, pues lleva el compás con su mano derecha. Parece ser que intenta componer mentalmente algún pasaje musical que se le resiste.

GEORGE SAND.- Cuatro lluviosos y movidos días
hemos abusado de la hospitalidad
del cónsul francés en Palma.

CHOPIN.- Solo una objeción que poner.

GEORGE SAND.- Creía que todo nos había ido perfecto.

CHOPIN.- Y, sin lugar a dudas, ha sido así.

GEORGE SAND.- ¿Pues cuál, según tú, es la queja?

CHOPIN.- Tenernos que marchar mañana.

GEORGE SAND.- ¡Acabáramos! ¿Ese es el dilema?

Hemos aprovechado el tiempo
al máximo, visitando cuanto
se puede visitar en Palma
en estas cuatro jornadas.
Y gracias a los contactos
del señor cónsul, el amable
matrimonio de auto refugiados
en su propio país...

CHOPIN.- Rumores, ¿habrá alguno cierto?

GEORGE SAND.- Nadie lo sabe, ni los espías
del señor cónsul...

CHOPIN.- Egoístamente lo importante
para nosotros es que,
por mil francos, a modo de
traspaso, la celda número
tres de la Cartuja de
Valldemossa nos será cedida....

GEORGE SAND.- ¡No me lo acabo de creer!

CHOPIN.- ¿Era lo que deseabas, no?

GEORGE SAND.- Más que nada en el mundo.
Y por si fuera poco, le haremos
un favor a la amable
y melancólica mujer,
fugitiva también y parte
de nuestros benefactores,
porque quieren abandonar
España cuanto antes.

CHOPIN.- Dicen que la Inquisición,
aún existente en la sombra,
es quien les anda buscando,
por un parentesco consanguíneo,
ahí es nada, de un mismo padre.

GEORGE SAND.- Sea por lo que fuere
la celda número tres
nos espera. ¡Qué bendición!

CHOPIN.- Ayer comprobé en tus ojos,
cuando visitamos la Cartuja,
de Valldemossa, cómo es tu deseo
de irrefrenable y determinante,
al notar el profundo impacto
que te produjo ese edificio,

Valldemossa y el paisaje
que rodea la población.

GEORGE SAND.- Solo otra cosa me ha quitado
el sueño en esta isla
de forma más radical.

CHOPIN.- No creo que nada en Mallorca
haya ejercido sobre ti
un seísmo de tal magnitud,
como el éxtasis que te
provocó todo lo que
tus ojos trataban de
transmitir a tu cerebro,
mediante un inmenso
caudal de emociones,
despertadas por cuanto
Valldemossa consiguió
detonar en tu espíritu.

GEORGE SAND.- España atesora el secreto
de las emociones fuertes.

CHOPIN.- ¿Seguro?

GEORGE SAND.- Sospecho que sí.

CHOPIN.- Pues di lo que ha superado
al descubrimiento de Valldemossa.

GEORGE SAND.- El hallazgo, en la biblioteca
del señor Conde de Montenegro,
de pruebas irrefutables
de que los abuelos de Napoleón
eran mallorquines.
¡Verdaderamente asombroso!
De los cuatro días que hemos
permanecido en el consulado,
fue en el segundo de ellos
cuando encontré los documentos
que atestiguan cuanto aseguro.
Este hecho me martillea
la cabeza constantemente.
¡Sufro pesadillas por ello!
El corso era de origen
languidosiano y mallorquín,
por ser descendiente
de Hugo Bonapart,
destinado a la isla de Córcega,
por el Rey Martín de Aragón,

nombrado Regente o Gobernador de la ínsula francesa.
 ¡No sé por qué motivo me ha afectado de esta manera!
 Napoleón, según las crónicas, deseaba ser francés por encima de todo, sin saber que lo había sido desde siempre, por provenir como Bonapart, de la Provenza francesa, nombre originario de dicha región, hasta que en 1.411 Hugo Bonapart fue destinado, dejando Mallorca, a Córcega, por orden del Rey de Aragón.

CHOPIN.-

Si el Emperador volviese a levantar la cabeza se llevaría un sobresalto con semejante sorpresa.

GEORGE SAND.-

Deshacer esa histórica madeja merece un concienzudo estudio por alguien que tenga tiempo y ganas. Según pude comprobar, la documentación en que me baso, para tan demoledora noticia, le llegó al señor Conde de Montenegro por mediación del hombre encargado de la demolición del convento de Santo Domingo de Palma.

CHOPIN.-

Tal vez se podría componer una partitura musical sobre ello. La historia de esta España que se autodestruye constantemente, siempre me parecerá asombrosa.

GEORGE SAND.-

Lo es por los contrastes extremos que sus habitantes generan sin esfuerzo alguno. Casi todos ellos lo primero que te provocan, evidentemente sin intención malévolas, es un choque frontal desarrollando en el interior de tu alma una tormenta emocional que, como mínimo,

te desarma, venciendo
cualquier ánimo por templado
que lo pudieras tener.
Lo estamos viviendo
desde el momento
que arribamos a Mallorca.
Solo que arrastrados
por la vorágine de la
idiosincrasia del país.
Todos tenemos defectos,
pero los españoles
han hecho de ellos una virtud.

ESCENA VII

Celda número tres (posteriormente la celda número cuatro) de la Cartuja de Valldemossa. Atardecer, entre dos luces, ya casi de noche. Junto a una estufa algo rudimentaria, se agrupan Chopin, Maurice Sand y Solange Sand. George Sand, camina sorteando algunos baúles, un montón de paquetes y cajas intentando poner orden en el equipaje desperdigado por la celda.

GEORGE SAND.- Si hubiera seguido diluyendo,
de la manera que lo ha hecho,
la isla toda acabaría
hundida en el fondo
de un mar de lluvia.

CHOPIN.- Debes venir a calentarte
tú también, el frío
no distingue a quien hiela.

MAURICE SAND.- ¿Mamá, con el buen tiempo
haremos excursiones
por los alrededores?

GEORGE SAND.- Creer en los milagros,
pensando que el tiempo mejorará,
es muy aventurado,
porque el hombre
propone y Dios dispone.
No me da la impresión
de que el clima vaya a cambiar.

SOLANGE SAND.- ¿Mamá, ahora eres adivina?

GEORGE SAND.- No, soy un ser escarmientado.
No os separéis de la estufa,
ni uno más de nosotros
puede caer enfermo,
la situación es la que es.

MAURICE SAND.- Creí que nunca llegaríamos
a Valldemossa, ¡qué caminos
más salvajes y espantosos!

SOLANGE SAND.- ¿Qué cenaremos hoy, mamá?

GEORGE SAND.- Podría decirte que agua,
pero por alguna parte
deben estar, creo yo,
los fiambres que compré,
y mañana será otro día.

CHOPIN.- Espero que totalmente mejor.

GEORGE SAND.- En toda incertidumbre
suelen vivir las sorpresas,
no podemos desesperar
a las primeras de cambio.

*Con algún instrumento contundente dan unos violentos y salvajes golpes en la puerta.
Cogidos por sorpresa, todos sufren un grandísimo sobresalto.*

¡Santo cielo! ¿Se hunde el mundo?

CHOPIN.- Si no lo hace por sí mismo,
lo hará por el autor
de los golpes en esta puerta.
¡Qué forma de encoger el corazón!
Yo abriré, no creo
que me vayan a comer.
(*Yendo hacia la puerta*). Veamos si es un terrible
fantasma enloquecido.
¡Quién va! ¡Por mil polacos!

BLAS “EL LARGO”.- (*Dentro, con voz de trueno*).
¡La Parca de las parcas!

CHOPIN.- Muerte que habla, no es muerte. (*Abriendo*).

BLAS “EL LARGO”.- (*Medio atropellando a Chopin, hace una espectacular entrada en la celda dando grandes voces y siendo parado, a su pesar, por la anárquica paquetería; con lo que provoca un definitivo susto a todos los presentes. Blas “El largo” es un demente, de casi dos metros de altura, de 55 años aproximadamente de edad, que porta un báculo de peregrino, del que cuelga un enorme rosario. Según George Sand, “Su vida transcurría entre el vino y la devoción”*).
¡Así me parta un rayo!
¡Malditos sean todos,

los condenados intrusos,
que hayan asaltado
la paz de esta Cartuja!
¿Quiénes son ustedes
malandrines infieles?
¡Pecadores imperdonables!
¡Reos de muerte,
pingajos humanos
y carne de cañón!
¡Contesten o lo pagarán
con sus miserables vidas!

CHOPIN.-

(*Gritando*). ¿Está loco? ¡Cómo se atreve!
(*El esfuerzo le provoca un ataque de tos. Entra en tromba, intentando remediar lo irremediable, el Sacristán, un individuo regordete de unos veinte años, que usa tirantes, algo golfo y caradura*).

SACRISTÁN.-

¡No se alarmen, por favor!
¡Blas es un hombre inofensivo!
Es un antiguo feligrés
de la comunidad de la Cartuja,
con mala capa y por lo tanto
buen y excelente bebedor,
que cuando los vahos del vino
lo achisan, vaga por
los claustros y galerías.
Es un hombre de gran devoción,
que gusta de golpear
cualquier puerta de la Cartuja,
no importa la hora,
que deje escapar, sí o sí,
por alguna indiscreta rendija,
un pequeño destello de luz.
¡Pero es incapaz de
matar una mosca!
¡Les juro que es
totalmente inofensivo!

GEORGE SAND.-

¡Y usted quién diablos es!

SACRISTÁN.-

El sacristán de la Cartuja,
desde niño cumple esa función.

CHOPIN.-

¿No tienen otra forma más
civilizada de presentarse?

SACRISTÁN.-

Les ruego mil perdones,
pero he llegado tarde,
pues Blas “El largo”

ya había atronado
todos los pasillos
y galerías de la Cartuja.

GEORGE SAND.- ¿Quién?

SACRISTÁN.- El de los golpes,
este del báculo.

GEORGE SAND.- ¡Por todos los santos,
casi nos expulsan
el corazón del cuerpo!

SACRISTÁN.- Lamentamos el sobresalto.
No se preocupen, es dócil
como un corderito.
Me lo llevo. Ha venido,
cosa que suele hacer a menudo,
a la Cartuja esta noche,
porque va a celebrarse
un ensayo, de una mascarada,
para los próximos carnavales,
en la galería de la Cartuja.
Al fin y al cabo solo
falta mes y medio para
los carnavales de febrero.
Los mozos y mozas,
como el tiempo ha estado
lluvioso y amenaza más agua,
han creído que estarían mejor
bajo techo para escaparse
de algún imprevisto aguacero.

BLAS “EL LARGO”.- (*En su mundo y para que lo aten*).
Para hacer una tortilla
hay que coger dos veces
la luna de un charco,
batirla hasta punto de nieve,
poner el batido en una sartén,
que tenga dos dedos de hielo
y esperar hasta que los
perros aúllen a la luna. (*El Sacristán comienza a llevarlo
hacia la salida*).

GEORGE SAND.- ¡Vayan con Dios, que nosotros
queremos y deseamos regresar
cuanto antes a nuestra
interrumpida y añorada paz! (*Blas “El largo y el
Sacerdote salen*).

MAURICE SAND.- ¿Mamá, podremos ver después los ensayos?

SOLANGE SAND.- ¡Yo quiero verlo, mamá!

GEORGE SAND.- Saldremos a la galería un poco de tiempo, pero solo hasta que yo diga. (*Oscuro total*).

ESCENA VIII

Es de noche en el interior de la galería de la Cartuja, en las proximidades de la puerta de la celda número tres. Desde un plano de sonido lejano se va acercando, poco a poco, a primer plano escénico un ruido multitudinario, de difícil clasificación, pero que pudiera parecerse a “un gran número de sacos de arpillería llenos de nueces que estuviesen siendo manipulados, al unísono, en una arbitraria carga y descarga sobre carros”. En su pleno apogeo el ruido llega a tener una presencia abrumadora. Por la izquierda del intérprete aparecen atropelladamente y bastante sobrecogidos George Sand, Maurice Sand, Solange Sand y Chopin. Por la derecha del actor, de improviso y espectacularmente, hace su aparición en escena una festiva y carnavalesca comitiva. Todos sus componentes van disfrazados con máscaras. Los participantes de esta absoluta procesión, en una turbamulta de mil diablos, tocan diversos instrumentos (como guitarras, carracas, castañuelas, panderos, listones de madera dentados para hacer ruido, tambores, etc.) con un ambientazo de todos los demonios, ríen, cantan y bailan como Dios le da a entender a cada participante en el tumulto. Son gente joven, moza, desembarazada y bullanguera, que intentan ensayar algún tipo de evento tradicional propio de los carnavales; (en realidad, históricamente, iban a realizar una demostración de pleitesía a la celda de María Antonia, personaje real del que fueron vecinos George Sand y Chopin dos meses) aprovechando la antigua costumbre de la celebración de una boda que ha tenido lugar cuatro días antes, por lo que llevan tres de juerga. Unas botas de vino de grandes proporciones circulan por encima de las cabezas de todos ellos, de mano en mano y de trago en trago, hartando de vino a tan concurrida y colorida concurrencia. Los personajes más destacados que forman esta procesión de abandonados en los brazos de Baco, son los tradicionales demonios, gigantes y cabezudos, monstruos, reyes, la muerte y estereotipos de los tiempos paganos que suelen habitar en el mundo de Don Carnal y Doña Cuaresma. Esta muchedumbre baila, canta y ríe sin cesar hasta que Rafael Torres, el recién casado y quien corre con los gastos, con un gesto fulminante les hace callar como por ensalmo; ordenando a la “orquesta” (compuesta por un guitarrista que porta una guitarra grande, un segundo con otra pequeña y un tercero con un rudimentario violín, junto a cuatro que tocan las castañuelas) que toque jotas y fandangos mallorquines.

RAFAEL TORRES.- ¡Soy Rafael Torres, el recién casado, y aunque algo destruido, por tres noches de boda, soy muy despabilado; así que siguiendo el ruido bailaré con todas, aunque quede molido!

EL GRAN DIABLO.- ¡No se hable más,
como soy abogado,
rostruerto, de poco juicio
y peor resolución,
si en el ardiente infierno
estamos con un cuerno,
qué importa a los demás
si sufrimos o no ardiendo!

GUITARRISTA 1º.- ¿Qué hemos de tocar?

RAFAEL TORRES.- ¡Lo que achispe los corazones!

GUITARRISTA 2º.- ¿Ha de ser tradicional?

EL GRAN DIABLO.- ¡Dejad a un lado las razones,
que es casi víspera de carnaval!

VIOLINISTA.- ¡Nosotros, siempre tocamos,
lo que se nos mande ejecutar!

RAFAEL TORRES.- ¡Basta de cháchara,
que tengo que bailar
y he de cumplir o reventar!

CASTAÑUELEROS.- (*Los cuatro a coro*). ¡Pues que comience el son!
¡Con alegres castañuelas
jotas, fandangos y din don
hasta que bailen nuestras muelas!

Chopin hace un gesto de hartazgo y se marcha de escena. Poco a poco va haciéndose a un lado el ambiente carnavalesco, cuyos personajes congelan la acción. Pau Androver (que estaba oculto en medio del bullicio) queda en actitud pensativa en el centro del espacio escénico; George Sand lo descubre y permanece embelesada mirándole.

PAU ANDROVER.- Para evadirme me integré
en esta tumultuaria marabunta,
huyendo de mi mala suerte,
que yo solo me busqué.
Persiguiendo una soledad
en medio del huracán
que medio me aturdiese
y poder así respirar.
Porque tras ver desde lejos
con la que me van a casar,
si el mar no fuera un muro,
imposible de salvar,
de esta angustiosa prisión
uiría a nado sin pensar.

Mi situación es insostenible
ya no me podré librar
de esta negra maldición
de tenerme que desposar
contra mi voluntad.

GEORGE SAND.-

(Sin dejar de observar a Pau Androver).

¡Maurice, Solange, id
a la puerta de la celda,
por vuestra seguridad,
y desde allí este extraño
mundo podréis contemplar!

Los hijos de George Sand obedecen y se retiran hasta donde figure que esté la entrada de la celda.

PAU ANDROVER.-

(Extasiado, admirando a George Sand).

¿Quién es esta mujer,
de dulce y serena voz,
que traspasa el corazón,
como la luz la retina
y el sentimiento el amor?

GEORGE SAND.-

(Analizando a Pau Androver).

Extraña y bella columna
en mitad de la galería,
que al parecer sostiene
su masculina belleza,
sin otros condicionantes
que tener que soportar.
¿Me mira por mirar?,
¿Qué habrá visto en mí?
Mi abandonado corazón
un vuelco me va a dar.
Conozco los síntomas
de tan sutil enfermedad.
¡No, por nada del mundo
me puedo enamorar!
¡Se acerca! ¡Qué ojos!
¡A mi algo me va a dar!
¿O son figuraciones mías?
¡Qué contrariedad!

PAU ANDROVER.-

Perdonad mi atrevimiento,
no os quisiera molestar.

GEORGE SAND.-

(Muy nerviosa). Fumo puros, soy francesa,
digo tacos, visto como un hombre
y vivo enamorada,
absolutamente, de la libertad;

como ves un dechado de virtudes.
 Algo mayor para ti,
 docta en hombres...
 ¿Por qué te has fijado en mí?
 Perdóname, la incontinencia oral
 me pone muy nerviosa.

PAU ANDROVER.-

Adoro tu sinceridad.
 En unos segundos he vivido
 cien siglos de vida terrenal.
 Jamás oí a una mujer
 en tales términos hablar.

GEORGE SAND.-

Mañana al mercado he de salir,
 si eso te puede interesar.

PAU ANDROVER.-

Cualquier cosa que venga de ti
 del cielo me vendrá.
 Siento que vuelo
 como el pájaro de la felicidad.

GEORGE SAND.-

Advierte la diferencia de edad.

PAU ANDROVER.-

Si solo es eso no quiero despertar.
 Un clavo ardiendo se ha clavado
 en el alma de mi corazón,
 a fuego he quedado marcado,
 sin poder considerar,
 que a primera vista he sido
 eternamente enamorado.

GEORGE SAND.-

¿Soy yo ese hierro ardiente?

PAU ANDROVER.-

No, sino mi entera voluntad.

GEORGE SAND.-

Como chanza de mascarada,
 por ser casi víspera de carnaval,
 no está nada mal,
 pero mañana amanecerá
 y los pájaros cantarán
 de otra manera, por cantar.
 ¿Has bebido y hablas por hablar?

PAU ANDROVER.-

Bebí y siento por sentir,
 ¿no sientes que es la hora de amar?

GEORGE SAND.-

El amor es una locura
 que suele la vida trastocar,
 nada ese sentimiento cura,
 es un fuego imposible de apagar.

- PAU ANDROVER.- Démosle nuestra bendición para saber si ese incendio impone alguna condición.
- GEORGE SAND.- Si nos volvemos a ver ni nos reconoceremos, tras este nocturno destello que será un lejano recuerdo preso en la luz del amor.
- PAU ANDROVER.- Juro fabricar una llave que nos libere a los dos.

Los componentes del ensayo carnavalesco descongelan la acción estallando en risas, cantos y bailes con una irrefrenable explosión de júbilo y alegría. Oscuro total.

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO II
Escena I

Mañana de mercado tradicional en Valldemossa, colorista y bullicioso, bajo un sol asustadizo. Un grupo de cinco lugareñas, en la izquierda del actor, con sus cestos de paja, de los que asoman algunas verduras y productos que han adquirido, hablan sobre los asuntos que les son propios, o sea, la vida obra y milagros de los demás. La naturaleza les ha dado afiladísimas lenguas, que usan con la maestría de los personajes de su especie.

LUGAREÑA 1^a.- ¿Algo nuevo bajo el sol?

LUGAREÑA 2^a.- ¡Qué tendría que haber que no sepa yo!

LUGAREÑA 3^a.- ¡Cuenta, cuenta, por favor!

LUGAREÑA 2^a.- El otro día nos quedamos cortas e inocentes, en el limbo de los justos.

LUGAREÑA 4^a.- ¡No me digas! ¿Cómo pudo ser?

LUGAREÑA 5^a.- ¡Piensa mal y acertarás!
¡Ya decía yo! ¡Gato encerrado!
¡Por la pinta del perro
se conoce al amo,
solo hace falta
ver cómo mueve el rabo!

LUGAREÑA 2^a.- (*Entrando en materia*). ¡Pues que el padre es casado, con mujer, hijos y obligaciones!

LUGAREÑA 1^a.- ¿Qué ha dicho el padre?

LUGAREÑA 2^a.- ¡Qué va a decir, si cometió el pecado!

LUGAREÑA 1^a.- ¡Si digo el padre de ella!

LUGAREÑA 2^a.- ¡Qué va a balbucir!
¡Más o menos lo de siempre!
¡Maldiciones, voces, amenazas de muerte para el Don Juan!
Después a tragar y que pase el tiempo y a pasear lo que venga, chico o chica,
¡no faltaba más!, como corresponde a todo buen cristiano, ya que la inocente criatura

no tiene culpa ninguna.

LUGAREÑA 5ª.- ¡Vaya por Dios! ¡Qué desgracia!
¡Eso sí que es un baldón!
¡En esa casa entró el infierno!

LUGAREÑA 1ª.- Les vendrá muy bien,
ahora en pleno invierno,
calentitos van a estar.
¡Que cada palo aguante su vela!

LUGAREÑA 2ª.- (*Intentado que sus compañeras de despellejamiento centren la atención en alguien que va a entrar en la plaza por la derecha.*)
¡Mirad, mirad quien aparece
por el mercado, debe ser esa! (*Señalando hacia la derecha*).
¡La nueva de la que todos hablan!

LUGAREÑA 5ª.- ¡Cómo lo vamos a dudar!

George Sand entra por la derecha del intérprete; provista de un cesto de la misma factura que los de las lugareñas; con indumentaria masculina; fumando un puro y por encima del bien y del mal de toda la humanidad. Viene sola, e incuestionablemente oteando cuanto se pone ante sus ojos; va buscando a Pau Androver. Las cinco lugareñas la abordan sin contemplaciones.

LUGAREÑA 1ª.- Nueva vecina de Valldemossa,
buenos días tenga usted.

GEORGE SAND.- Soy del mismo parecer,
sean bien halladas,
mis saludos a las cinco,
les deseo buena salud.

LUGAREÑA 2º.- ¿No se atraganta con el humo?

GEORGE SAND.- Es medicinal y me va bien.

LUGAREÑA 3ª.- Quien había de pensar
que algo que hace toser
y estornudar habría de curar.

GEORGE SAND.- Nunca se sabe el nombre
de la última moscarda
que mata el diablo con el rabo.

LUGAREÑA 1ª.- ¿Se conoce el de la primera?

GEORGE SAND.- Jamás, todas son iguales.

LUGAREÑA 2ª.- ¿Y esas ropas de varón,

son algo también natural?

GEORGE SAND.- ¡Como la bilis al vomitar!

LUGAREÑA 3^a.- ¡Oiga usted, mi buena amiga!

GEORGE SAND.- ¡Sin voces, que oigo muy bien!

LUGAREÑA 2^a.- Solo intentamos aclarar
su escandalosa actitud
e inapropiadas formas,
como en el fumar, el vestir,
el caminar y su comportamiento,
por aquello de “el qué dirán”.

GEORGE SAND.- La Inquisición ya no existe,
y yo no me dejo interrogar.

LUGAREÑA 4^a.- ¡Pero el pueblo quiere saber!

GEORGE SAND.- (*Haciendo alarde y enseñoreándose ante sus interlocutoras*).
¡Para eso no tienen más que ver!
¡Las palabras sobran en mi actitud,
bastante que decir y mucho que mostrar,
a nadie sorprenderá que yo sea así!

LUGAREÑA 5^a.- (*Al mutis y saliendo muy deprisa*).
¡Voy a por la autoridad!

GEORGE SAND.- Ninguna Ley prohíbe fumar,
ir vestida por la santa calle
sin escandalizar a nadie,
y mucho menos dice ni mu
sobre la forma de andar;
ni del comportamiento,
que es algo muy personal
si dentro de la Ley una está.
¿Quieren que sea Polichinela?
¡Pues no lo lograrán!

Vuelve la lugareña 5^a con tres individuos muy emperifollados, como vestidos para una extraña ocasión, sacados de una pesadilla infantil, algo bebidos y achispados. Estos tres “pájaros” están aquí por ser amigos del autor, que Dios nos perdone a los cuatro y porque es necesario sacar de escena, con solvencia dramática, a las lugareñas.

LUGAREÑA 5^a.- ¡Aquí está, ella es la perfecta!

LORENZO COLLADO VÁZQUEZ.- ¡Soy el primer alcalde,
capitoste singular,
de la mascarada de gobernar!

¡Esta urbe está bajo mi potestad!
 Señora, a sus pies, aunque
 luego no me pueda levantar,
 ¡Nací alcalde, soy alcalde y moriré alcalde!

GUSTAVO REUSENS GIRBAU.-

Lo firmo y corroboro,
 pues lo dice a cada instante,
 y acabará por resultar
 ser la puñetera verdad.
 Pero yo no soy menos
 que, aunque probó secretario,
 soy también alcaldable
 y lo firmo ante notario.

SANTIAGO BELLÓN SERRANO.-

¡Qué murga dan estos dos!
 Cuando aquí el único alcalde soy yo,
 pues mi padre fue alcalde,
 de mi abuelo lo heredó,
 y él de mis antepasados
 que eran legión de alcaldes,
 y por esa regla de tres
 alcalde también he de ser.

GEORGE SAND.-

¿De dónde han salido ustedes?

LORENZO COLLADO VÁZQUEZ.-

De la taberna, que es, como
 si dijéramos, el ayuntamiento
 en un barril.

GUSTAVO REUSENS GIRBAU.-

Por eso debería ser yo el alcalde
 porque deseo ser abstemio
 y jamás vería doble al auditar
 las arcas municipales.

SANTIAGO BELLÓN SERRANO.-

De ahí la fama de esta
 carnavalesca municipalidad,
 de ser doblemente honesta.

GEORGE SAND.-

¿Realmente son quienes dicen ser?

GUSTAVO REUSENS GIRBAU.-

¿Hace falta mejor demostración?
 ¡En el ejercicio de nuestro cometido
 estábamos, dale que te pego,
 ensayando con todos los diablos!

GEORGE SAND.-

¿Qué quieren, si puede saberse?
 ¿Son lo que dicen que son y quiénes son?

LORENZO COLLADO VÁZQUEZ.-

Con completa y total certeza.
 Somos una comparsa que da en remediar

a los municipios y ensayamos
en la taberna muy en serio,
la sátira que hemos de representar,
para alertar a otros alcaldes
imitando la cruel realidad.
Nos regimos por un alcalde,
elegido a perpetuidad,
entre los dignos miembros
de esta tropa ejemplar.
Así que cuando esa mujer
llegó a la taberna preguntando
por el alcalde, yo como edil
de esta festera formación,
me dije...

GUSTAVO REUSENS GIRBAU.- ¡¡¡No se dijo...!!!

SANTIAGO BELLÓN SERRANO.- ¡¡¡Nos dijimos...!!!

LORENZO COLLADO VÁZQUEZ.- Vamos allá con el bastón de mando
a hacer Justicia en la Ínsula Barataria
que parece que demanda
este singular y nunca visto caso.

A las cinco lugareñas les da un ataque de ira y comienzan a arrojar a los tres individuos cuanto llevaban en sus cestos, dándoles perejilazos y acelgazos a diestro y siniestro, mientras los persiguen acabando por hacer mutis. George Sand, queda sola hasta que por su espalda aparece Pau Androver, que la abraza tierna y amorosamente. El escándalo entre las lugareñas y los tres presuntos alcaldes, hace que la atención de cuantas personas están en el mercado se fije en los que huyen, pasando la actitud de los dos enamorados desapercibida.

PAU ANDROVER.- Creí que ya no vendrías,
te buscaba con desesperación,
aunque hasta que no te he visto
no se ha hecho la luz.
¿Cómo te había de ver a oscuras?

GEORGE SAND.- ¿No te asusta mi actitud?

PAU ANDROVER.- Si ahora mismo me intentases
disparar con un cañón,
tampoco me inquietaría.
Vayamos al jardín del palacio
del Rey Don Sancho
que es lugar más aproposito
para nuestra inquietud.

GEORGE SAND.- La suerte está echada.
Nos consumiremos sin remedio

en este fuego divino. (*Oscuro total*).

ESCENA II

Mañana en los jardines del palacio del Rey Don Sancho. Un sol algo tímido espía furtivamente a George Sand y Pau Androver, tras unas nubes que amenazan lluvia. La francesa intenta disuadir, sin mucha convicción, al mallorquín, de la locura que van a cometer, haciéndole ver ostensiblemente su actitud, su puro y su vestuario.

GEORGE SAND.- ¿Por qué quieres que ardamos
en este infierno de sentimientos?

PAU ANDROVER.- ¿Soy acaso el único pirómano?
Desde que nuestras miradas
se cruzaron por primera vez,
somos pavesas de este incendio.
¿De qué nos servirá negarlo,
uir hacia el dolor de la separación,
maldecir la hora en que nos vimos,
buscar culpables donde no los hay,
invocar a la muerte
por un pecado del destino,
traicionar unos sentimientos
que pueden mover el mundo?
¿No ves mis ojeras mortales?
Sin dormir, respirar, alentar,
ni pensar coherentemente...
En definitiva, sin vivir,
llevo desde anoche.
¿Por qué he de aceptar
esta inhumana sentencia?
¡El sino nos obliga a vivir,
dentro de este volcán,
una pasión sin nombre
conocido que, de no
hacerlo, también nos devorará!

GEORGE SAND.- Soy mayor que tú.
Mi corazón despertó
a los aldabonazos
de los latidos del tuyos,
como la naturaleza
a la llamada de cada estación.
Tal vez por mi experiencia
debiera poner fin a esto,
pero ¿quién guarda al guardián?
Jamás imaginé que la locura
tuviera tantas caras,
y recursos para manifestar
su inquebrantable deseo.

He mantenido una titánica lucha,
 ante el espejo de mi conciencia
 para disuadirme de este amor,
 pero, con todo en contra,
 he rendido armas y bagajes
 al capricho del destino,
 que ha violado mi alma.

PAU ANDROVER.- En poco más de catorce horas
 he envejecido salvajemente.
 Mi espíritu ya pertenece
 al mundo de las sensaciones,
 porque soy esclavo suyo
 por derecho de conquista.
 Tartamudeaba ante una mujer,
 yo no sabía expresarme
 como lo hago esta mañana.
 En mí no hay sentimiento,
 engendrado por el amor,
 que no me haya poseído.
 Este despertar cegador,
 descargó una tormenta
 en mi miedo y su fragor
 me ha puesto a los pies
 de los caballos indomables.
 No cabalgues sobre potros
 de niebla incorpórea,
 apéate y lucha por nosotros.

GEORGE SAND.- El problema no es este amor,
 sino la sociedad en la que
 deberá sobrevivir, ¿entiendes?
 Tengo pánico al universo
 de la incomprendición humana,
 que ciega, sorda y malvada,
 e investida de tales cualidades,
 aplicará la Justicia que suele
 sin temblarle la mano.
 Toda mi vida he luchado
 contra ese mundo de tinieblas,
 no quiero empujarte a él
 y ser cómplice de nuestros
 iracundos y ansiosos verdugos.

PAU ANDROVER.- Mi amor tiene salvoconducto
 para pasar esas fronteras.
 No inmolaré los principios
 de mis sentimientos.
 Te adoraré e idolatraré
 como diosa de mi existencia.

Si somos pusilánimes
ante nuestra circunstancia
no merecemos este amor,
no seremos dignos del estado
emocional al que nos ha llevado.
Alguna razón deberá haber
para que fuésemos los elegidos,
para experimentar semejante
vuelco en nuestras vidas.
Yo estoy agradecido
porque este sufrimiento de placer
me ha zarandeadó
hasta convertirme en un ser
capaz de generar un infierno
y la gloria al mismo tiempo.

GEORGE SAND.-

La medicina es el mismo mal
que nos mata de felicidad.
¡Qué terrible contradicción!
¡Sin este amor no puedo vivir,
con él y por él podría morir!
Caminaremos por un sendero
que nunca fue hollado
por pasiones anteriores,
desandando las huellas
de nuestros instintos;
en estricta comunión
con el fuego que nos domina.
¿La felicidad tiene algún límite?
Tal vez nuestro único pecado
sea el no ser conscientes
de que transgredimos
este amor sagrado
en aras del mismo amor.
Por ello, gocemos de la impunidad
del deseo que se puede cumplir.
(Se besan apasionadamente. Oscuro total).

ESCENA III

Salón de la casa señorial, de carácter rústico, perteneciente a Joan Calafat, rico hacendado mallorquín.

JOAN CALAFAT.-

Me satisface mucho
emparentar con la familia
Androver. La sangre
nueva fortalece
las antiguas estirpes
de nuestras sagas.

MARC ANDROVER.- El beneficio es absoluto para ambas casas.
Con este enlace ponemos los cimientos de la perpetuidad, de nuestras dinastías, en un tronco común.

JOAN CALAFAT.- ¿Cuándo serán presentados los contrayentes?
Que es asunto que, según la tradición, lleva su tiempo; porque esos pasos deben ser dados cuando “todo esté atado y bien atado”.

MARC ANDROVER.- La palabra que hemos dado es sagrada, con el marchamo de la más legal, escritura pública, por lo que podemos acelerar trámites, basados en la costumbre, anticuados y en desuso.

JOAN CALAFAT.- No hasta el extremo de “aquí te pillo, aquí te mato”. Así pues, recapitulemos: la familia Calafat aporta al matrimonio, Androver Calafat, una dote en metálico igual al precio actual de las tierras de la casa Androver, que se satisfará ante los banqueros, elegidos por los Androver, siete días antes de la boda.

MARC ANDROVER.- Por parte de los Androver se entregará a los Calafat, una copia del testamento en el que declaro, heredero único universal a mi hijo Pau Androver y la certificación de que las propiedades,

de nuestra familia,
están libres de cargas,
u obligaciones hipotecarias,
por las que pudieran
estar sometidas
a derechos ajenos
de terceras personas.

- JOAN CALAFAT.- Acordando corroborar ante testigos cuanto aquí hemos afirmado, bajo palabra, que, incumplida por alguna de las partes, sufrirá pena conforme a las leyes estrictamente imperantes en nuestra sociedad.

- MARC ANDROVER.- Que firmamos simbólicamente con este apretón de manos y el abrazo que es preceptivo.
(Se estrechan la mano).
Que durante muchos años veamos el buen desarrollo de este acuerdo pleno, para bien de nuestros descendientes y fortunas.
(Se abrazan fuertemente).

Ambos abrazados congelan la acción. Pasados unos segundos Joan Calafat se separa de Marc Androver y pasea por el espacio escénico meditabundo, manteniendo entre tanto Marc Androver su situación y posición.

- JOAN CALAFAT.- *(Para sí).* Vista toda la información, de la situación económica de los Androver, no tengo nada que objetar. Los judíos no juegan con la seriedad de las cuestiones monetarias. Pero me llama la atención la urgencia, por demás ilógica, detectada en ciertas prisas, que parece tener Marc Androver, porque cerremos este negocio que une nuestras sangres de por vida. En fin, lo importante

es que mi hija está
muy contenta por el buen
mozo que es Pau Androver.
Bien es cierto que no
es muy agraciada,
pero el dinero embellece.

Vuelve a fundirse en el abrazo que mantenía con Marc Androver, y este descongela la acción separándose de Joan Calafat, que mantiene congelada la acción. Marc Androver también pasea mientras exterioriza sus emociones.

MARC ANDROVER.-

Espero que no sospeche
ni lo más mínimo,
por estar en juego
la supervivencia
de mi familia.
Nunca pensé que esta situación
económica mandara,
tan penosamente,
sobre mí y los míos.
Sembrar tanto viento
genera tempestades, que,
cuando se está vencido
son imposibles de salvar.
Abraham preparó la pira,
para inmolarse a Isaac,
por imperativo divino,
lo que no es mi caso...
Dios estaba de por medio.
¿Cuál es mi Dios, para vender,
por más de treinta monedas,
valiéndome de la mentira,
estafando, falseando
documentos y mintiendo,
a mi hijo Pau? ¿Hay alguna?
¿Qué justificación tengo?
He cometido un delito,
un crimen legalizado
por costumbres inmorales.

Regresa a la posición de Joan Calafat, se funde nuevamente en el abrazo que precedió a su meditación y el oscuro total difumina a ambos en el espacio escénico.

ESCENA IV

Espacio escénico irreal, donde sale humo y vaho por todas partes, retrotrayéndonos a un escenario de pleno romanticismo, vemos a Blas “El largo” que, con aspecto y actitudes de demente, hace malabarismos con su callado como si de una “majorette” moderna se tratase. Poco a poco, a través de la niebla formada por humos y vapores, se

va corporeizando la figura del Archiduque Luis Salvador de Habsburgo-Lorena, con las atribuciones de ser un alma del otro mundo. Viste con arreglo a su época histórica.

BLAS “EL LARGO”.- Extraño deseo
el de venir a este jardín,
al que no suelo acudir.
¿Qué me ha empujado?
¿Qué fuerza me
ha traído aquí?

ARCHIDUQUE..- (*Acercándose por la espalda a Blas “El largo”*).
La invitación fue mía.

BLAS “EL LARGO”.- ¿Quién eres tú?

ARCHIDUQUE..- El Archiduque
Luis Salvador
de Habsburgo-Lorena.
Vengo del futuro.

BLAS “EL LARGO”.- ¡He bebido demasiado!
(*Riendo salvajemente*).
¡Por Dios bendito!
¿No sabes que a los locos
no nos asusta nada?

ARCHIDUQUE..- Lo sé, y con saberlo
cumplo.

BLAS “EL LARGO”.- No pretendrás
que crea en las almas
del otro mundo.

ARCHIDUQUE..- Si lo pretendiese
no estaría seguro
de mí mismo.

BLAS “EL LARGO”.- ¿Y qué quieres?

ARCHIDUQUE..- Que me escuches.
Los locos y los niños
creen en la verdad.

BLAS “EL LARGO”.- ¿Puedo bailar?

ARCHIDUQUE..- El universo
es un inmenso
salón de baile.

BLAS “EL LARGO”.- ¿Luego puedo hacerlo?

- | | |
|-------------------|---|
| ARCHIDUQUE.- | Vuestra verdad
y cumplir los deseos
¿no son una misma cosa?
Hazlo, pero cuando
acabe nuestra
conversación.
Es más, yo bailaré
contigo al final. |
| BLAS “EL LARGO”.- | Esta pareja
de danzantes
será famosa.
Bien, empieza. |
| ARCHIDUQUE.- | (Pequeña pausa). Lo que Dante no dice,
a pesar de su “testimonio”,
es que, en la puerta del infierno
hay, permanentemente,
una interminable cola
de individuos a los que no
les han dejado pasar,
a semejante lugar,
por indeseables.
Están allí nieve o truene... |
| BLAS “EL LARGO”.- | Un momento, un momento.
¿Quién es ese Dante? |
| ARCHIDUQUE.- | Un poeta clásico. |
| BLAS “EL LARGO”.- | ¿Un loco autorizado? |
| ARCHIDUQUE.- | Si oyeras a algún cursi
citarle, pudiera ser
que cambiases de opinión. |
| BLAS “EL LARGO”.- | ¿Para qué lo citan?
¿Le invitan a beber? |
| ARCHIDUQUE.- | Algo así... Pero volviendo
a lo que intentaba decir,
acerca de esa cola,
de la puerta del infierno,
es que en ella hay toda suerte
de criminales, ladrones,
asesinos y gentuza de la peor
especie, sin posible
comparación con todo
lo malo de la tierra. |

BLAS “EL LARGO”.- ¿Y qué pito toco en ese
estrafalario baile de maldad?

ARCHIDUQUE.- Pues verás,
hay en dicha hilera
de malvados, un español,
y que me perdonen
el resto de ellos,
que pretende haber fundado
una organización,
para desamortizar
aquej inhóspito lugar.
Esa falsa alhaja,
adelantándose al futuro,
porque el fulano aún vive,
desdoblándose en fantasma
rancio, ha enviado
a dicha fila, su doble
alma en pena,
para que le guarde
la vez, algo de locos,
pero lo cierto de todo esto,
es que, con seguridad,
sabe que le impedirán
entrar en el infierno
por sus delitos terrenales.
Y tiene fija la manía
de que Satanás
sea vicepresidente
de la desamortizadora.

BLAS “EL LARGO”.- ¿No les llega para un presidente?

ARCHIDUQUE.- Las almas que merodeamos
por sitios donde
es necesario nuestro
socorro y auxilio,
mucho nos tememos
que ese cargo se lo
haya reservado para él.

BLAS “EL LARGO”.- ¡Valiente individuo!

ARCHIDUQUE.- Ayuda a los ingleses,
siempre de acuerdo
con los intereses británicos.
Como ves traidor a España,
de siete ruines suelas
y peores intenciones.

El caso es que todos
los que esperan,
en esa condenada
hilera de malditos,
están tan hartos de él,
que me han suplicado
que les ayude a librarse
de ese degenerado.

BLAS “EL LARGO”.-

¿Me toca bailar con la más fea?

ARCHIDUQUE.-

En ciertas partes del cielo,
se sabe que eres un hombre
de fe a prueba de todo,
o sea, que te escucharán.

BLAS “EL LARGO”.-

¡Pero si no sé ni cómo se llama
el presunto presidente!

ARCHIDUQUE.-

Juan de Dios (¡qué ojo
para el nombre!) Álvarez
Méndez Mendizabal.

BLAS “EL LARGO”.-

¡El que maldicen los isleños!
¡Qué pecado cometió
antes de vendernos
a la pérvida Inglaterra?

ARCHIDUQUE.-

Un expolio a la Iglesia.

BLAS “EL LARGO”.-

¡Como El Greco en Toledo!
Sé que pintó un cuadro,
con el expolio de Cristo.
Me enseñó un dibujo
de él un cartujano,
que tenía un libro
con una copia de esa pintura.

ARCHIDUQUE.-

No es tan buen pintor
el tal Mendizabal.

BLAS “EL LARGO”.-

Creo que deberíamos bailar.

ARCHIDUQUE.-

¿Aceptas?

BLAS “EL LARGO”.-

¿El qué?

ARCHIDUQUE.-

Hacer de emisario.

BLAS “EL LARGO”.-

¿El recadero del infierno?

- ARCHIDUQUE.- Harás amigos en la eternidad.
- BLAS "EL LARGO".- ¡Oh sí! Quiero ser mensajero, total, lo máximo que me puede pasar es que me tomen por loco.
- ARCHIDUQUE.- (*Haciendo los honores*). ¿Me concede este baile?

Ambos, por separado, comienzan una danza sin orden ni concierto, de todos los diablos y como Dios les da a entender... pero de todas formas, si Terpsícore les viese, les diría unas palabras no muy agradables. Oscuro total.

ESCENA V

Pequeño jardín de la celda número tres de la Cartuja de Valldemossa, residencia provisional de George Sand y Chopin. Atardecer entre dos luces. Chopin sale de la celda dando traspies, con el equilibrio mínimo que se necesita para dar diez o doce pasos. Va agarrándose a árboles y arbustos, intentando aspirar cuanto aire le es posible.

- CHOPIN.- ¡Aurore, Amantine!
 ¡Dime, dónde estás?
 ¡Como tantas veces
 el monstruo de la soledad
 me encontró solo!
 ¡Dios misericordioso!
 ¡Otra crisis como esta
 y te llevarás, seguro,
 mi alma a la eternidad!
 ¡Esta cruel mensajera
 porta una horrible guadaña
 y viene con las de Caín
 contra el destinatario,
 pues su mensaje
 es mi muerte,
 verdadero verdugo
 de quienes, como yo,
 sufrimos cruces
 como la que llevo!
 ¡Si no es tuberculosis,
 será algo más siniestro
 que la enfermedad
 de los artistas!
 Así que como quedo
 siempre al límite
 del último suspiro,
 mandaré a París
 una redacción con

mi última voluntad.
 Que no es otra que
 cuando muera,
 se me extraiga
 mi débil corazón;
 y sea sumergido
 en coñac u otro
 líquido que lo preserve,
 separado de mi cuerpo.
 Porque la verdadera
 y única razón,
 es que siento un miedo atroz
 a que se me entierre
 de forma prematura.
 Así me aseguraré
 de estar muerto
 y bien muerto.
(Queda extasiado mirando el cielo).
 Sé que tras las nubes
 están las estrellas,
 testigos del universo
 y jueces de mi música. *(Oscuro total).*

SI SE DESEASE MONTAR EL TEXTO COMO OBRA TEATRAL, SIN MÚSICA, ESTE SERÍA EL PUNTO IDEAL PARA EL FINAL DEL PRIMER ACTO Y EL COMIENZO DEL SEGUNDO.

ESCENA VI

La acción transcurre en un pajar, de cuyas paredes cuelgan algunos aperos de labranza. Un quinqué de aceite ilumina pobemente el espacio escénico, pendiendo de donde convenga. Hacia la derecha hay un montón de paja sobre el que George Sand y Pau Androver han mantenido una batalla sexual. Ambos están acabándose de vestir. De vez en cuando se sacuden restos de paja de sus cabellos y vestuario.

GEORGE SAND.- Si fuese otra mujer
 no vendría aquí.

PAU ANDROVER.- ¿Por qué? No lo pasas
 tan mal, ¿o sí?

GEORGE SAND.- El olor repugnante
 del aceite del quinqué,
 incomodidades entre pajas,
 el otro día una rata
 y el fundado temor
 de ser sorprendidos.
 ¿No son suficientes
 motivos disuasorios?

PAU ANDROVER.- Si fuera otro hombre
no estaría contigo.

GEORGE SAND.- ¿Qué te ata a mí?

PAU ANDROVER.- Si no lo sabes tú,
¿quién lo va a saber?

GEORGE SAND.- ¿Vas a abandonarme?
¿Acaso no me amas?

PAU ANDROVER.- Ni una cosa ni la otra.
Es la primera vez
que el amor profundo
ha hecho presa
en mi inexperto corazón.
Comienzan a acosarme,
ya me atormentan,
dolorosas preguntas,
que ponen en peligro
mi entendimiento.

GEORGE SAND.- El amor hace montañas
de inofensivos
granos de arena.

PAU ANDROVER.- Este grano compone,
toca el piano y vive
bajo tu mismo techo.

GEORGE SAND.- Jamás te lo oculté.

PAU ANDROVER.- Lo que no es razón
para que pueda soportar
esta cruel situación.
En Francia será
muy común...

GEORGE SAND.- ¿El qué?

PAU ANDROVER.- Juntar churras con merinas,
meter en el mismo saco
la noche y el día.
No diferenciar prejuicios.
Que el reo y el verdugo
duerman en la misma cama.
En España, en el feroz
interno de cada español,
existe, Dios lo sabe,
la inconsciente caballerosidad.

GEORGE SAND.- Los delitos son delitos.
 No se puede distinguir
 la mano que los comete,
 ni las circunstancias
 que ayudan a ello.
 Nosotros nos regimos
 por las leyes del amor,
 que es un pobre diablo
 ciego de pasión y frenesí,
 por lo que los dos estamos
 aforados como vulgares
 políticos que delinquen.
 No podemos reprocharnos
 nada, porque no somos
 dueños de nuestros actos. (*Pequeña pausa*).
 Bien, ¿qué querías decir?

PAU ANDROVER.- Que la convivencia
 entre marido y amante,
 no la podré sufrir.

GEORGE SAND.- Despejemos el teatro
 de operaciones,
 de los personajes
 y sus relaciones
 entre todos ellos.

PAU ANDROVER.- ¿Y yo en el papel de bufón?

GEORGE SAND.- Hace más de siete años
 que el fuego se apagó.
 Entre Chopin y yo
 no existe nada de nada,
 ningún vínculo pasional,
 ni llama amorosa alguna.
 Lo que sí es cierto
 es que le tengo afecto,
 como de madre a hijo,
 o de hermana a hermano.
 Está muy enfermo.
 Siento la obligación
 y la responsabilidad
 de cuidarlo y atenderlo.
 También provoca en mí
 una profunda admiración,
 porque es una persona única,
 un genio de la música.

PAU ANDROVER.- ¡Vaya, estoy cometiendo

un crimen religioso!

GEORGE SAND.- ¿Qué disparate es ese?

PAU ANDROVER.- ¡No sabía que estuviera manteniendo relaciones íntimas con una hermana de la caridad!

GEORGE SAND.- No exacerbemos la situación.
Te creía más maduro,
a pesar de tu juventud.

PAU ANDROVER.- ¿Más maduro o más idiota?

GEORGE SAND.- ¡Me advirtieron sobre el mal español!

PAU ANDROVER.- ¡Ahora una enfermedad!

GEORGE SAND.- ¡De los celos es de lo que hablo!

PAU ANDROVER.- ¿Yo celoso? ¡Antes muerto!

GEORGE SAND.- ¿De qué color te gustan las flores?

PAU ANDROVER.- (*Tras una pausa de asimilación de lo que ha dicho George Sand*). ¡No puede ser! ¡No es posible!

GEORGE SAND.- ¡Lo es, lo es, maldita sea,
y me encantan tus celos!

PAU ANDROVER.- ¡Por qué? ¡Si sufro mucho!

GEORGE SAND.- ¡Porque me quieras!
¡Como yo a ti! ¡A la sombra
de tu aliento! ¡A la ingratidez
de tu deseo disfrazado de locura!
¡A las mariposas que revolotean
en tu cerebro, aunque
parezca que anidan en tu estómago!
¡Porque me quieras!
¡Porque me adoras!
¡Ahora sí que soy una diosa
para ti hasta el fin de la eternidad!
¡Al infierno las voces!
¡Que nos descubran!
¡Que arda el mundo
si ambos somos el origen
de ese universal incendio!

PAU ANDROVER.-

¡Bendita catástrofe!
 ¡Si como dices estoy muriendo
 por ti! ¡Jamás querría
 despertar de esta pesadilla!
 ¡Ni quisiera vivir otra
 que no fuera la misma!
 ¡A partir de ahora tampoco
 dormiré por las noches,
 porque sabré que no vivo
 un sueño imposible!
 ¡Quiero estar siempre
 a los pies de los caballos
 de los sentimientos
 que genera el mal español!
 ¡Viva el dolor que nos posee
 como enfermos incurables!

GEORGE SAND.-

¡Ven a mis brazos, (*se abrazan fuertemente*)
 estréchame contra
 tu enamorado pecho,
 impidiendo que mi
 pasional corazón
 se me salga deseando
 fundirse con el tuyo;
 encadenémoslos
 al sino que los guía,
 para que nuestros
 cuerpos no tengan
 más remedio que
 seguirlos, esclavos
 de la adoración.
 Ámame con locura
 de principio a fin.

PAU ANDROVER.-

¡Nunca sospeché
 que ser esclavo
 fuese mi mayor pasión,
 mi razón de amar
 cuanto hagas y digas.
 Si la muerte me pidieras
 tendrías mi vida
 en aras de tu deseo.

Se abrazan y besan con pasión animal, mientras el quinqué extingue su luz. Oscuro total.

ESCENA VII

Plaza de Valldemossa, al oscurecer, en la que se ha congregado un grupo numeroso de valdemosines jóvenes, entre los que está Pau Androver. Muchos de ellos portan antorchas, quinqués, etc. Se han reunido para celebrar un baile, por ello aforan el espacio escénico formando media luna dando la espalda al foro y dejando despejado gran parte del escenario y el proscenio. Para justificar la detención de Pau Androver, por las autoridades locales, se recurre a un “ballet narrativo” cuyo argumento coreográfico es el enfrentamiento entre los mozos de Sóller y los de Valldemossa, en el que tendrá una importancia capital la pantomima fusionada con la danza. La rivalidad entre ambas poblaciones es histórica; cuando alguna de las partes quiere entrar en conflicto con la otra, la juventud se vale de cualquier pretexto, cuyos resultados son malos para todos. El ballet comienza de la siguiente manera: un grupo de mozos de Sóller se presenta en la plaza de Valldemossa, en la que los jóvenes locales están celebrando un baile, blandiendo rítmicamente en una de sus manos una naranja cada uno de los recién llegados, entrando en el espacio escénico sobre pasando a los valdemosines espectadores que rodean a los danzantes. Todos los vecinos asistentes al baile (el coro), tal vez porque en otras ocasiones ya sucedió, ven la tormenta que se aproxima y, como si de una “aleluya teatral” se tratase, comienzan a narrar los miedos y sensaciones que barruntan, visto la que presumiblemente se va a organizar; ofreciendo a ambos bandos de sollerenses y valdemosines el argumento del ballet narrativo del que son protagonistas. La coreografía se basará, pues, en lo que aventure el coro.

CORO.-

¡Ya vienen los de Sóller
a restregarnos sus naranjas
de zumo por las narices!
¡Qué novedad, como lo oyes!
Las nubes negras
de esta tarde,
que ahora no se ven
por la nocturnidad,
no presagiaban
nada nuevo ni bueno,
a quien Dios se la de
San Pedro se la bendiga.
Un naranjazo
tiene que doler,
como un dolor de muelas,
pero si es en el ojo
te deja sin ver.
No es por las
naranjas por lo que
los sollericos vienen,
es por las faldas
y los ojos negros,
eso es lo que prefieren.
Mozas de Valldemossa,
a cual más hermosa,
linda y graciosa,
todas como una rosa.

Provocadoramente los mozos de Sóller, que en ningún momento dejan de blandir sus naranjas rítmicamente, se abren paso entre el gentío añadiendo leña al fuego con empujones, denuestos y formas chulescas, hasta alcanzar un posicionamiento de privilegio en un lateral del espacio en el que se está celebrando el baile. La música se silencia de golpe. Un rumor sordo de exclamaciones va acaparando protagonismo. Los mozos de Valldemossa ocupan, en actitud retadora, defensiva y protectora, una posición frontal a los de Sóller.

CORO.-

¡La que se va a liar!
¡El volcán escupirá fuego
¡Nadie lo puede parar!
¡Esto bien no va a acabar!
¡Los rosarios de la aurora
incendian la madrugada,
se sabe cómo empiezan
pero no cómo acaban!
¡Si sacan las navajas,
armas con filo de naranja,
aquí arderá Troya,
pongámonos a rezar!
Nadie llamó a los
mozos de Sóller,
aunque los nuestros
suelen ir por allí,
como Pedro por su casa,
por lo que se sospecha
que en cada chimenea
hay su poco de hollín.
Veamos esta batalla
campal desde aquí.
¡Por lo que pueda
pasar traigan vendas,
claras de huevo
y vinagre de curar!

El ballet narrativo comienza sus evoluciones ralentizando sus acciones y movimientos, de ambos bandos, con un ritmo a cámara lenta. La coreografía necesariamente se ajustará a una lucha previamente pactada por especialistas de circo, como si de clowns se tratase, cuya acción se expandirá por todo el espacio escénico, buscando la compaginación de coro y ballet, de tal forma que ninguna de las dos partes invada ni interfiera a la otra.

CORO.- ¡Las naranjas vuelan,
las navajas brillan,
y la de San Quitín
ya está aquí!
¡Con qué delicadeza
se desbaratan la cara,
destrozando narices,
orejas y barbas!

¡Los cabellos se arrancan
con tal facilidad,
mientras los dientes
se ven volar aquí y allá,
que es pasmoso pensar
que esto pueda acabar mal!
¡Ya hay los primeros caídos
en la campal batalla,
faltan cañones y metralla
para todos reventar!
¡Si nadie para esta
trifulca monumental,
la vamos a tener,
aquí será ella!
¡Todos feneceremos,
querámoslo o no señores,
pues como teas arderemos!

La lucha se traba de tal forma, entre sollerenses y valdemossines, que va adquiriendo serios tintes de tragedia. Más en medio de la extraordinaria sarracina y un escándalo de mil demonios, hace su aparición, el arrebato de una cornetilla de pregonero, una comitiva municipal, precedida del citado pregonero, tocando a la carga con su instrumento, que viene a poner “paz” en semejante teatro de operaciones. El grupo de la autoridad recién llegado se mete de lleno en el sembrado multitudinario de la refriega, recibiendo alguno de sus miembros, los golpes de bienvenida que, en tales casos, son de obligado cumplimiento. Algunos son golpeados y la cornetilla, es silenciada, dando sus últimas notas como las que emite un abejorro cuando recibe un golpe y cae al suelo haciendo círculos helicoidales hasta que da con sus huesos en el firme. Finalmente, el alcalde y parte de la municipalidad consigue hacerse con la situación afirmando que es la autoridad de Valldemossa, mientras que se recoloca el pelo, sus ropajes y recompone la dignidad de su figura, al igual que cuantos venían con él.

ALCALDE.-

¡Soy el alcalde!
¡Un respeto
a la Justicia
de su Majestad,
el Rey de todos!
¡Por los clavos
de Cristo, paren
en su pendencia!
¡Sabemos lo que
ha pasado aquí,
así es que cuenten!
¿A qué se debe
esta tumultuaria
pelea tabernaria?

CORO.-

¡Lo hemos visto todo!
¡Los de la guerra

estaban a lo suyo
y no sabrán de la
misa la media!

ALCALDE.- ¡Silencio, o serán
todos confinados!
¡Usted, Androver,
que comandaba
una facción,
queda arrestado,
con todo su bando!

CABECILLA DE SÓLLER.- ¡Que muerda el polvo!

ALCALDE.- ¡Silencio, silencio!
¡Los de Sóller irán
a otra celda contigua,
al palacio del Rey
Don Sancho, con
cuantos hayan
estado en la pendencia!
¡Hasta que se celebre
el juicio estarán presos!
¡Se les acusará
de los delitos
de desórdenes públicos,
disturbios y alborotos,
con grave riesgo
para la población!

CABECILLA DE SÓLLER.- ¿Nunca fue joven?

ALCALDE.- ¡Me destetó la edad!
¡Alguaciles, llévenselos,
aplíquenles la Ley de fugas,
si intentan escapar!
¡Sin contemplaciones,
enciérrenlos a todos,
en las mazmorras
del palacio del Rey
Don Sancho, lugar
menos cómodo
que esta plaza!

PAU ANDROVER.- Esta noche tengo una cita.

ALCALDE.- ¡La deberá aplazar!
¡Serenen su sangre,
acunen su ira,
y velen las armas

de la tranquilidad!
 ¡Mañana por la mañana
 verán el mundo
 con más serenidad,
 sosiego y arrepentimiento!
 ¡Vamos, alguaciles,
 márchense ya,
 por todos los diablos,
 no me hagan enfadar;
 la música y el baile
 para otro día los
 deberán dejar!
 ¡Cada mochuelo a su olivo! (*Oscuro total*).

ESCENA VIII

A la derecha del intérprete se encuentran dos grandes rejas, que en realidad son enormes cancelas, de otras tantas mazmorras, situadas en los sótanos del palacio del Rey Don Sancho. Este edificio, aún en nuestros días, y la Cartuja de Valldemossa, históricamente, están pared con pared, digamos “adosados”. Más hacia la izquierda nos encontramos con una larga y amplísima galería. George Sand, bastante distanciada de las rejas de las celdas de los presos, pasea de un lado para otro hecha un manojo de nervios.

GEORGE SAND.- De los altercados,
 del baile de marras,
 hace dos semanas,
 jamás sufrí tanto
 por un hombre.
 ¿Qué me sucede?
 Yo que los he utilizado
 como las granzas
 del café y ahora
 no soy dueña de mí.
 Recurrí al Cónsul
 francés, a su influencia
 sobre las autoridades
 españolas, estrictas
 y rectas como siempre;
 para poder hablar
 con este Pau ardiente
 que me ha enloquecido.
 Me puse en evidencia
 ante la autoridad
 francesa, loca sin
 remedio, fanática
 por un barbilampiño,
 al que casi doble
 la edad, y muerta
 de miedo por la suerte

que pueda correr.
 Dos hombres murieron
 en el tumulto.
 ¿Será culpable?

Dos guardias abren una de las cancelas principales de las rejas de la prisión y otros dos sacan a Pau Androver que, al parecer estaba en algún habitáculo de aislamiento o celda de castigo, al fondo de las celdas mayores. El joven presenta el aspecto que puede tener un preso tras catorce días de cautiverio. Gran griterío del resto de presidiarios.

GUARDIA 1º.- Mañana todos serán trasladados a Palma, en cuerda de presos, para ser juzgados.
 Mucho poder deberá poseer, quien tenga facultad para sacar a este de la celda de castigo.

GUARDIA 2º.- Las mujeres pueden abrir hasta las puertas del infierno.

Los guardias y Pau Androver llegan a la altura de George Sand, tras soportar el griterío de los otros reclusos.

PAU ANDROVER.- ¿Por qué has venido?

GEORGE SAND.- A por el alma que me robaste.

PAU ANDROVER.- ¿Te das cuenta cabal del peligro que corres?

GEORGE SAND.- Volverse loca es mucho más grave.

PAU ANDROVER.- ¿Cómo has conseguido el permiso para verme?

GEORGE SAND.- Suplicando de rodillas al Cónsul francés que se apiadara de mí. Arrastrándome como un trapo sucio ante quien hizo falta. Muerta por volver a verte. En esta sombra de lo que fui

me ha convertido el amor.

- PAU ANDROVER.- Mi padre está fuera,
en el continente,
nada más regresar
me sacará de aquí.
- GEORGE SAND.- O irás al patíbulo.
- PAU ANDROVER.- La autoridad ya sabe
quienes fueron los culpables.
Solo pagaré una multa
y tal vez una bronca
paterna, pero nada más.
- GEORGE SAND.- ¿En la celda de castigo
te meten por tan poca cosa?
- PAU ANDROVER.- Discutí con unos presos.
- GEORGE SAND.- Las familias de los muertos
han jurado venganza,
esto no ha hecho
más que empezar.
- PAU ANDROVER.- Siempre fue así,
las rencillas
son antiguas, de siglos.
Nadie les llamó
para que vinieran
a matarnos sin más,
todos lo vieron.
- GEORGE SAND.- No quisiera vivir
toda la vida mirando
hacia atrás, como
si mi espalda fuera
la diana de mi muerte.
No he dormido
en dos semanas,
que es lo mismo
que si no hubiese
vivido catorce días.

Los guardias se acercan a la pareja para llevársela a Pau Androver.

- GUARDIA 1º.- El tiempo se acabó.
- GUARDIA 2º.- Esta excepción es rara,
por inusual, agradézcanlo

y despídanse ya.

- GEORGE SAND.- Te he traído tabaco
y una pequeña botella
de coñac. Hará frío
en estas mazmorras.
- PAU ANDROVER.- Gracias, hay varios
enfermos que agradecerán
el alcohol. No vuelvas.
- GEORGE SAND.- No volveré, porque
mi espíritu permanecerá
aquí contigo. (*Mirando a todos lados como buscando un rincón en el que pudieran tener un poco de intimidad. Lo aparta a un lado para que los presos, entre los que están amigos de Pau Androver y vecinos de Valldemossa, no los puedan ver*). Bésame. (*Se besan apasionadamente*).
- GUARDIA 1º.- No sé qué influencia
tendrá esta mujer
para que la dejen entrar
a las mazmorras...
Como somos de Palma,
no entendemos ciertas
cosas de fuera de ella.
- GUARDIA 2º.- Besa muy bien... A lo mejor...
- Pau Androver, como una fiera, se lía a puñetazos con el Guardia 2º, e instantes después, entre los dos agentes logran reducir al joven dándole un golpe en la cabeza, dejando a Pau aturdido, por lo que los guardias se lo llevan medio a la rastra. George Sand, presa de la impresión queda paralizada, reaccionando poco a poco.*
- GEORGE SAND.- Me encuentro peor
que cuando sufría
arrebatos místicos,
creyendo estar en éxtasis
con mis alucinaciones.
Tengo el comportamiento
de cualquier quinceañera.
Este amor me ha convertido
en una veleta
forzada por el aire,
que la somete a sus deseos.
No tengo voluntad,
ni firmeza ninguna,
para enfrentarme
a mi debilidad.
A tanto llega mi locura,

que al estar pared con pared
la Cartuja del palacio,
he llegado a pensar en horadar
los muros para liberarlo
de su injusta prisión.
Unos sillares insensibles
lo separan de mis brazos
y nada de mi amor.
(Unas campanas dan un toque desde la Cartuja).
Quisiera ser el sonido
de esas campanas,
que libre se introduce
en cualquier espacio,
entrando y saliendo
a su santa voluntad,
como los pensamientos
que nacen y vuelan
desde la mente.

Comienza a caminar por la galería, yendo a pasar ante las rejas de los presos. Los reclusos organizan un escándalo extraordinario y George Sand les saluda agitando la mano.

Encadenados por el deseo
os dejo, a merced
de vuestra voluntad,
fogosa incertidumbre,
que la juventud gobierna
con vaivenes del instinto,
salvaje dictador,
carcelero de la fiera,
que los pocos años
inducen a desafueros
que destrozan la razón.
No apuréis ese cálix,
al que nadie os obliga,
ni fuerza mayor alguna
os ordena beber.
Solo los dioses paganos
de la inconsciencia,
os pedirán templos,
para idolatrar en ellos,
una juventud que huirá
de vuestra vida
como la lluvia del desierto. (*Oscuro total*).

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO III

Escena I

Hora, lugar y sitio intemporales. En el espacio escénico están Marc Androver y su hijo Pau, que por su aspecto acaba de salir de prisión. El padre está fuera de sí.

MARC ANDROVER.- ¡Cómo lo podríamos arreglar!
¡Todo se puede venir abajo!
¡Hundidos en la miseria
nos veremos sin remedio!
¡En qué estabas pensando!

PAU ANDROVER.- ¡En ser y comportarme
como los demás jóvenes!

MARC ANDROVER.- ¿Y tu familia, qué, eh?
¡No entiendes que estamos
pendiendo de un hilo!
¡Que la ruina llama
insistentemente a la puerta
de nuestra existencia!

PAU ANDROVER.- ¿Y tú no comprendes
que aparentar naturalidad
es la mejor arma
con la que podemos
vencer esta situación?

MARC ANDROVER.- ¡Casi todo el dinero
que había conseguido
en el continente,
se ha ido en sobornar
a las autoridades!

PAU ANDROVER.- Nada nuevo para ti.

MARC ANDROVER.- ¡El mundo se mueve así!
¡Yo no he creado
las malditas reglas
del proceder humano!

PAU ANDROVER.- ¡Consiento en ir al altar
del sacrificio
como única víctima!

MARC ANDROVER.- ¡Toda mi vida he sido
víctima, reo y un desgraciado,
que ha tenido como único fin
sacaros adelante!

PAU ANDROVER.- ¡En ese sentido remo!

MARC ANDROVER.- ¡No se nota en absoluto!

PAU ANDROVER.- Por si este polvorín
de nuestra discusión
estalla definitivamente,
he de confesarte algo.
Ya soy un hombre,
mi comportamiento es tal
y como me corresponde,
tengo necesidades de varón
que cumplir y en eso estoy.

MARC ANDROVER.- ¿Vas a hablarme de la francesa?

PAU ANDROVER.- ¿Cómo sabes eso?

MARC ANDROVER.- Cuido mis inversiones,
antes de que los Levy
me lo advirtieran.

PAU ANDROVER.- ¿Eso soy para ti, una inversión?

MARC ANDROVER.- ¡Tus sentimientos sin dinero
serían una desgracia!
¡Por todos los diablos!
¡Siempre ha sido así!
¡Y no existe ninguna
idea nueva, sobre la tierra,
que vaya a cambiar
la sabia que recorre
las arterias de la humanidad!
¡Nadie se opone a que cubras
esas necesidades afectivas!
¡Más debes tener tu casa,
la mujer que te conviene
y las riendas del futuro
en tus manos... Pero con dinero!
¡Dominando ese territorio
poseerás todo lo demás!
¿En qué crees que gasto
parte de mis ingresos,
sino en atender bastardos?
Algunos hermanastros
tuyos a los que aprecio.

PAU ANDROVER.- ¿Así que eres un aspa
de molino de viento,
a merced del aire
de tu pasado calavera,

imprescindible en tu vida?

MARC ANDROVER.- ¡Todos lo somos, todos!

PAU ANDROVER.- Como el fuego a la pólvora.

MARC ANDROVER.- Si algún ser humano
tirase la primera piedra
se golpearía en la cara.
¡Te he preparado,
para que pudieses luchar,
en igualdad de condiciones
y consigas sobrevivir!

PAU ANDROVER.- ¿Para qué sobreviváis?

MARC ANDROVER.- ¡Sin nosotros seguro
que no irías muy lejos!

PAU ANDROVER.- ¿Sin la familia, o sin
el resto de la humanidad?

MARC ANDROVER.- ¡El destino es el director
de este enloquecido circo.
El que fabrica las máscaras
y las graba a fuego
en el rostro de cada cual.
Los incendios y la pasión
amorosa se parecen
solamente en una cosa,
en que, tarde o temprano,
acaban extinguiéndose.
Eres joven y cualquier
error nos puede costar
caro, no solamente
a ti, sino a toda la familia.

PAU ANDROVER.- ¡Estoy loco por ella!

MAR ANDROVER.- Los hombres, hasta los cuarenta
años sufrimos alguna vez
esa enfermedad, pero
te puedo asegurar
que se cura, como el sarampión,
la gripe o la resaca.

PAU ANDROVER.- ¿Después de casado
podré tenerla también?

MARC ANDROVER.- Hazte amigo de la discreción

y podrás tener cuanto quieras.

PAU ANDROVER.- ¿Habla la voz de la experiencia?

MARC ANDROVER.- Más bien el eco práctico
de la imperiosa necesidad.

PAU ANDROVER.- ¡Es que la otra es muy fea!

MARC ANDROVER.- No hay depósitos bancarios
que tengan fealdad alguna,
con la francesa solo conseguirás
culminar un deseo de fuego
que se apagará por falta
de ingresos económicos.

PAU ANDROVER.- Ahora no los tengo.

MARC ANDROVER.- Directos no los tienes,
pero posees una familia
cuya protección es tu dinero.

PAU ANDROVER.- O sea, que la única salida
es la boda por interés.

MARC ANDROVER.- Todo no se puede tener.
La miseria y la ruina sí.
Con el tumulto de la plaza
podremos tapar tu relación
con la francesa. Con suerte
disimularemos tu aventura
y escaparemos del naufragio.
Pero si la familia Calafat
tiene constancia de tu error,
tendremos que emigrar
a América con una mano
delante y otra detrás.
Recuerda que dependemos
de ti tus cuatro hermanas,
tu madre y yo.

PAU ANDROVER.- Y los bastardos, no te olvides.

MARC ANDROVER.- También son tu familia.

PAU ANDROVER.- No lo niego, ¿son muchos?

MARC ANDROVER.- Los suficientes para que yo
comprenda todo lo francés. (*Oscuro total*).

ESCENA II

Celda-farmacia de la Cartuja de Valldemossa, regentada por un excartujo. Un quinqué ilumina la acción entre Blas “El largo” y el excartujo boticario. En el exterior llueve copiosamente, a juzgar por el vestuario mojado de Blas “El largo” que, con su báculo, su rosario colgando de la vara y su locura, cambia impresiones con el monje.

BLAS “EL LARGO”.-

¡Un mes y pico lloviendo
y no están todos mojados!
Hermano boticario,
¡como se lo digo!;
a pesar de hacer
una noche de perros
y caer chuzos de punta,
mi sombra está seca.
¡Mírela ahí contra
esos tarros de grama,
raíz de vida y salud!
Más si me muevo
levemente... (*Se desplaza mínimamente*). ¡Ahí está,
con desvergüenza,
se posiciona sin pudor,
en esos otros recipientes
del serio malvavisco!
¿Habrá desfachatez
mayor y falta de respeto?

CARTUJO BOTICARIO.- (*Dándole la razón como a los locos*). Tu sombra seca...

Ciertamente es un
extraño fenómeno.
Antes de que Mendizabal
nos convirtiera en proscritos,
esto no sucedió nunca.

BLAS “EL LARGO”.-

Es miméticamente
insopportable y cínica.
Aunque no sea responsable
de sus oscuros actos.
Mi sombra no piensa
lo que dice,
por no saber
lo que piensa.

CARTUJO BOTICARIO.- Bien visto, Blas “El largo”,
pudiera ser tu alma
que está de luto y se venga
cruel de tu desamor.

BLAS “EL LARGO”.-

Es algo bastante peor,
porque si apagamos

este quinqué falaz,
mi sombra se hará
dueña y señora
de toda la estancia
de esta botica.

CARTUJO BOTICARIO.- Eso es muy cierto,
ha pasado otras veces.

BLAS “EL LARGO”.- ¡No solo eso, es malvada
porque al dejarnos a oscuras
provocará que tropecemos
con todo y nos partamos
la cabeza! ¡La conozco!

CARTUJO BOTICARIO.- Para eso haría falta
que finara el quinqué.

BLAS “EL LARGO”.- No de ideas hermano,
a veces pienso que
está aliada con Satanás,
que sin ser invitado
danza en todos los bailes.

CARTUJO BOTICARIO.- La Cartuja es un lugar
sagrado todavía,
y el Diablo se guardará
de profanar este sitio.

BLAS “EL LARGO”.- Lo malo de las andanzas
de Belcebú, es que lo sabes
cuando ya eres rehén
de su venenosa maldad.

CARTUJO BOTICARIO.- En estos inciertos
tiempos desamortizados
todo puede ser realidad.

La puerta de la botica se abre violentamente, lo que permite que una ráfaga de aire fortísima penetre en el habitáculo junto a la siniestra y gigantesca sombra de George Sand, recortada en el umbral. El quinqué comienza a iluminar intermitentemente el espacio, lo que logra crear una atmósfera terrorífica, provocando en Blas “El largo” y en el Cartujo Boticario un miedo intenso. La francesa tiene su ropa totalmente seca.

GEORGE SAND.- Buenas noches hermano
y la Santa Compañía.

CARTUJO BOTICARIO.- ¡Menudo susto nos ha dado!
Blas, dale más fuerza
al quinqué, pero ten cuidado

no se vaya a apagar.

BLAS "EL LARGO".- *(Manipulando el quinqué).*
¿No será el Demonio
en forma de mujer?

GEORGE SAND.- ¿Por qué habría de serlo?

BLAS "EL LARGO".- Gentes de Valldemossa
dicen que han visto,
por estas galerías,
a una bruja y al innombrable
amándose por los rincones.

GEORGE SAND.- No nos metamos en el gozo
ni la felicidad de los demás.

BLAS "EL LARGO".- El mal no tiene derecho
a gozo ni felicidad.
¿Qué hace en una noche,
de todos los diablos,
lloviendo a cántaros,
y que asustaría
a cualquier lobo,
vagando por los claustros?

GEORGE SAND.- Intentar que la enfermedad
de los que sufren
no se salga con la suya.

CARTUJO BOTICARIO.- ¿En qué le puedo servir?

GEORGE SAND.- Querría grana de hinojo
para hacerle una tisana,
al enfermo de mi casa,
y poder bajarle la hinchazón
del vientre, ¿es posible?

CARTUJO BOTICARIO.- Abonando el precio estipulado,
en metálico y al momento, sí.
La busco ahora mismo. (*Busca entre los botes.*
Finalmente coge un pequeño paquete de algún tarro).

GEORGE SAND.- Pagaré, no se preocupe.

BLAS "EL LARGO". - ¿Conoce alguna forma
de librarse de la sombra?

GEORGE SAND.- Llevando todo alrededor,

digo por los cuatro costados,
luminarias que la maten,
no existe otra solución.

BLAS “EL LARGO”.- ¿Y oculto en la oscuridad?

GEORGE SAND.- Ese es un mal negocio.

BLAS “EL LARGO”.- ¡Dios bendito! ¿Por qué?

GEORGE SAND.- Porque vence ella, te engulle
y desapareces a tu pesar,
convirtiéndote en un
pobre espectro negro.

BLAS “EL LARGO”.- Haré una gran hoguera,
me arrojaré a la misma
y ganaré esta guerra.

CARTUJO BOTICARIO.- No hagas eso, Blas “El largo”,
no adelantes el fuego eterno,
el infierno puede esperar,
(Le entrega el pequeño paquete a George Sand).
Tenga, con esta cantidad
puede hacerle cinco tisanas.
Son dos monedas, de
veinte céntimos franceses.

GEORGE SAND.- ¿Es polvo de oro fino?
¿Rompí algo? Es muy caro.

CARTUJO BOTICARIO.- Puede ir a Palma, si lo desea,
aunque las plantas de allí
no tienen tanta fama
como las de aquí.

GEORGE SAND.- Tenga cuidado, no sea
que los usureros de aquí
alcancen tanta fama
como los de allí.

CARTUJO BOTICARIO.- Mucha precaución
con el diablo de las galerías,
que será cojitrancó,
mal nacido, rufianesco
y un verdadero portento
en maldades amorosas.

GEORGE SAND.- Si me lo encuentro
por los claustros

le pediré que venga
a saludarle, harán
buenas migas.

BLAS “EL LARGO”.-

Háblele de mí también,
que deseo medirle
las costillas a modo,
a ese rufián con rabo,
picaflor de desgracias
y principio y fin
de todo lo malo.

CARTUJO BOTICARIO.-

Humildemente lo recibiré
y le diré cuatro cosas.

BLAS “EL LARGO”.-

Ese pájaro de cuenta,
menudo bicho con cuernos,
sí sabrá trucos suficientes
para poner a mi sombra
en su sitio.

GEORGE SAND.-

(*Aparte*). No sé cuál de los dos
está más loco de atar.
¿Nos habrá visto el cartujo,
a Pau y a mí, muertos de amor?
Va como un alma del otro mundo,
cual sombra transparente,
por los rincones sombríos
de esta Cartuja poseída.
(*A tono normal*). Celebro que ambos tengan
tanto interés en conocer
al hijo descarrilado de Dios.

CARTUJO BOTICARIO.-

Para entender los caminos
hay que haberlos andado
con antelación, y aun así
el hombre tropieza.

BLAS “EL LARGO”.-

¡A ver si Lucifer va a ser
mi hermano mayor
en esto de las locuras!

GEORGE SAND.-

Otra cosa habrá más lejos.

BLAS “EL LARGO”.-

¡Vaya, estaría bueno!

CARTUJO BOTICARIO.-

No hay que dejar de creer
en los milagros.

BLAS “EL LARGO”.-

¿Cree que si me lo encuentro

podré darle de palos
a mi hermano mayor?

GEORGE SAND.- Déselos y pregunte después. (*Oscuro total*).

ESCENA III

El espacio escénico general está dividido en dos. A la derecha del mismo George Sand, Maurice Sand y Solange Sand están ante la estufa de la celda número tres, sobre las diez de la noche.

SOLANGE SAND.- ¿Mamá, cuándo dejará de llover a diario, de forma tan fuerte?

GEORGE SAND.- Está en las manos de Dios.

MAURICE SAND.- ¿Por la mañana podremos jugar en la galería?

GEORGE SAND.- Pero hacia medio día, antes no.

SOLANGE SAND.- ¿Por qué antes no?

GEORGE SAND.- ¿Y los deberes? Cuando acabéis de estudiar.

MAURICE SAND.- ¿Si damos pronto la lección nos dejarás más tiempo?

GEORGE SAND.- ¿No lo hacemos así a diario?

SOLANGE SAND.- ¿Chopin se curará?

GEORGE SAND.- Maurice lo ha conseguido, ¿Por qué no podría hacerlo él?

SOLANGE SAND.- ¿Chopin está mejor?

GEORGE SAND.- Ahora duerme y descansa. La infusión de semillas de hinojo le ha hecho mucho bien. Casi seguro que tendremos una noche tranquila. Ahora, buenas noches y los dos a la cama.

SOLANGE SAND.- Buenas noches mamá.

MAURICE SAND.- Que descanses mamá.

GEORGE SAND.- (*Besando a ambos*). Un beso. Otro beso.
Dulces y tranquilos sueños.

Ambos niños se retiran. George Sand queda sola e inmediatamente comienza a deambular por la sala y a aislar en su mundo.

GEORGE SAND.- ¿Qué haré, amor?
Esta pasión nació,
abordando mi vida
de forma salvaje,
como un embravecido
pirata sanguinario,
fuera de toda Ley
humana o divina.
En persecución mía,
como la noche al día,
que lleva millones
de años persiguiendo,
o siendo perseguida,
solo por el placer
de seguir la estela
de la luz diurna,
sin que su luminosidad
la sacie, aunque
ya no se sabe quién
persigue a quién.
Supe, desde el primer
momento, que el pábilo
de su atracción
me quemaría,
sin que nada ni nadie
lo pudiera impedir.
Con qué gozo he ardido
entre sus brazos.
Placenteras cadenas
de dulce esclavitud.
Él dice que me quiere
con la resolución
del todo o nada,
y yo voy arrastrada
en su corriente pasional,
sin poder asirme
a nada que me salve,
ni noche, ni día,
ni luz, ni sombra,
ni estímulo alguno,
ni certeza, ni duda.
Solo el amor me hace

sobrevivir en el amor.
Este fuego es un gusano
invisible que corroe
mi probable certeza;
porque cuando me enamoro
mi voluntad es anulada
por un presentimiento. (*Pequeña pausa. Atendiendo al espacio escénico de la izquierda*).
Parece que una luz
perturba la paz siniestra
de la galería. No quiero
que Blas “El Largo”
ponga en vela el sosiego
que tanto ha costado conseguir.

George Sand apaga el quinqué que iluminaba la celda. Oscuro total. Pequeña pausa. La acción pasa, dentro de esta misma escena, al exterior de la celda en plena galería. Entra en el espacio escénico de la izquierda Pau Androver, provisto de un titilante farol, de luz algo difusa, en las proximidades de la puerta de la celda número tres.

PAU ANDROVER.-

¡Maldita sea mi suerte!
Todo el valor que tenía,
cuando decidí venir
se ha evaporado,
como la felicidad,
que suele irse sin avisar.
¿No iba a llamar
a su hermética puerta?
¿No pensaba declarar,
ante sus hijos y Chopin
cuanto la quiero?
¿No estaba decidido
a hacer público
este amor corrosivo?
¡Para salvar mi vida
y seguir sintiendo
cómo este veneno
monstruoso me devora!
¿No había hecho acopio
de todas mis fuerzas
para decirle que
me caso contra mi voluntad,
que me sacrifico
por mi familia?
¡Amar desesperadamente,
no es ni malo ni bueno,
para recorrer
el tortuoso camino
de los sentimientos!
Los poetas deben gozar

con el sufrimiento
de los enamorados,
porque es la cantera
de sus versos.
¿No gozo yo luchando
contra el placer
de mi desdicha?
¡Dios mío que jamás
me falte esta mortificación!
¡Aunque haya descubierto
mi cobardía ante
lo inevitable!
¡No hay batalla,
espada o arma alguna,
solo un bosque encendido,
de llamas multicolores
y fuego frío como la nieve,
que quema la felicidad!
¡La antesala del infierno,
abierta para todo amante,
la rabia e impotencia,
ahogándote sin tregua,
hasta que tu propia
indefensión te aniquila!
¡Las tinieblas rasgan
el velo de la razón
porque el amor enloquece! (*Oscuro total*).

ESCENA IV

Es por la mañana y en la celda número tres de la Cartuja de Valldemossa cambian impresiones, al amor de la estufa, George Sand y Chopin.

CHOPIN.- ¿Por qué tengo
 que aguantar
 más de lo que
 puedo soportar?
 ¡He estado gravemente
 enfermo y sufrido
 lo indecible sin poder
 crear la música
 que pugna en mí!
 ¿De qué me sirve
 este cautiverio
 en un lugar
 en el que el clima
 me mata lentamente?
 ¡Sufro ataques
 de ansiedad cada
 poco, noche y día!

¡Mi situación se
hace insostenible
provocando que paguéis
los platos rotos
de mi mal carácter!

GEORGE SAND.- Intentemos superar
este problema
luchando juntos
contra lo que
nos puede derrotar
definitivamente.
Nuestra tierna amistad
es lo que nos une.
Sé que los tiempos
felices pasaron,
pero utilizándolos
como bandera
saldremos adelante.

CHOPIN.- ¿Qué día es hoy?

GEORGE SAND.- Veinte de enero.

CHOPIN.- Tengo que salir
de Valldemossa,
no puedo aguantar
ni un día más.

GEORGE SAND.- Estamos sitiados.

CHOPIN.- ¿Cómo que cercados?

GEORGE SAND.- Por las circunstancias.

CHOPIN.- Llueve mucho, ¿y qué?

GEORGE SAND.- En Palma ya no lo hace,
parece que cesó de llover
hará tres o cuatro días.

CHOPIN.- ¡Lo ves, podemos ir allí,
tomar el vapor y salir
de Mallorca sin más!

GEORGE SAND.- El barco no puede
partir, por lo menos
hasta dentro de quince
o veinte días, así me
lo han asegurado hoy

en el mercado.

CHOPIN.- ¿Quiénes frecuentan la plaza de abastos, son tan expertos en navegación marítima como yo en adivinar el futuro?

GEORGE SAND.- Solo son transmisores de las noticias de la capital, pero es lo que se dice en el puerto de Palma.

CHOPIN.- ¿Qué razón aducen?

GEORGE SAND.- El mar va a estar intratable, tanto, que las autoridades han suspendido todo tráfico marítimo.

CHOPIN.- Es como si una maldición hubiese posado sus predilecciones en mí.

GEORGE SAND.- No, nada de eso, solo te ha convertido en el protagonista de tu propio infortunio.

CHOPIN.- La salud ya me permite viajar, renqueante, pero mi deseo es tanto que, si volara, ya estaría en el continente, dando saltos de alegría.

GEORGE SAND.- Nuestra situación la generan los elementos, somos meras figuras inertes del ajedrez del que formamos parte.

CHOPIN.- Pues quien mueva estas piezas ya puede saber que me revelaré, para desplazarme por mi cuenta.

- GEORGE SAND.- ¿Qué harás? Dar vueltas
por el perímetro
de la isla diciendo
a voz en grito:
“¡Me muevo por mí mismo!”.
- CHOPIN.- ¡Sabes que me molesta
que seas ofensiva!
- GEORGE SAND.- Lo que te enfada
es el error de haber
venido buscando,
un clima benigno,
pero que en vez de
sanarte te ha puesto
a las bocas de la muerte.
- CHOPIN.- Tal vez esa sea la razón
primordial, pero el hecho
capital es que esa
equivocación
me ha apartado
de mi mundo
y me va aproximando
a la ruina profesional.
- GEORGE SAND.- Solo es cuestión
de saber esperar
y en poco tiempo
estaremos nuevamente
en Francia.
- CHOPIN.- ¿Con aproximadamente
treinta partituras
de otras tantas
pequeñas composiciones?
- GEORGE SAND.- Menos es nada.
La enfermedad
ha mandado lo suyo
y te ha impedido
componer cuanto
deseabas, ni más ni menos.
- CHOPIN.- ¡No te das cuenta,
de que cuanto más
tiempo estemos
aislados aquí,
nuestro mundo
nos irá olvidando

a marchas forzadas!
 ¡Me produce angustia
 y absoluta ansiedad
 la cárcel construida
 por mi mente
 y las cadenas
 que me atan
 a esta insopportable
 esclavitud!
 ¡Soy un artista!
 ¡Quiero irme ahora,
 salir de esta tumba,
 que me entierra en vida,
 que es un infierno
 que quema toda
 mi música y mi arte,
 sin llamas visibles!

GEORGE SAND.-

¡Las molestias pequeñas
 no lo son todo!
 ¡Eres valiente
 para afrontar
 los contratiempos
 de los peligros reales
 por los que, por suerte
 ya ha pasado tu salud!
 ¡Unos días más solo
 es una pequeña piedra
 en el camino!
 ¡Nos equivocamos
 juntos y juntos
 saldremos del error!
 ¡Has superado
 a la misma muerte!
 ¿Te parece poco?

CHOPIN.-

¡En Mallorca hay algo
 desconocido para mí,
 que te ha encadenado!

GEORGE SAND.-

El tiempo, el mar,
 la lluvia, cuyas gotas
 son cristales líquidos,
 el barco que no
 puede partir
 y mi infierno privado.

CHOPIN.-

¡Marchémonos deprisa
 porque vivimos
 en un volcán de pesadilla.

GEORGE SAND.- Lo deberíamos hacer.
¿Sabes que tienes
una doble personalidad?

CHOPIN.- La música tiene eso
de positivo y genial,
que una misma nota,
dependiendo de en qué
contexto se escriba,
es siempre diferente. (*Oscuro total*).

ESCENA V

Noche cerrada en la sala donde se encuentra el piano Pleyel, en la celda número tres (actual 4) de la Cartuja de Valldemossa. De fondo se oye el estruendoso fragor de una espantosa tormenta que deja caer sobre tejados y jardines una lluvia torrencial. Chopin, que acaba de terminar la composición del “Preludio de la gota de agua”, en Re Bemol, más tarde rebautizado como “Opus 28”, se levanta del taburete del piano bruscamente y comienza a deambular de un lado para otro completa y absolutamente transfigurado, con movimientos corpóreos descoordinados y todos los síntomas de estar poseído por alguna fuerza desconocida de la naturaleza.

CHOPIN.- ¡Los dos han muerto!
¡Este diluvio los mató!
¡Dios misericordioso!
¡Las gotas de agua
son notas celestiales!
¡La naturaleza posee alma!
¡Los monstruos
que me visitan siempre
tienen forma de lluvia!
¡La locura y su pentagrama
me envuelve en una armonía
musical jamás conocida!
¡Los dos han muerto!
¡Este diluvio los mató!
¡Los mató, los mató, los mató!
¡Habrán fallecido
ahogados ambos!
¡Los dos han muerto!
¡Quedaré solo
al cuidado de la pobre
niña que duerme
ajena a esta tragedia!
¿Cómo se llama la niña?
¡No recuerdo su nombre!
¡La tormenta y la lluvia
componen una sonata de terror
con notas que bailan

a mi alrededor
 gritando horriblemente!
 ¡Los dos han muerto!
 ¿Quiénes son esos dos?
 ¡No sé, decía lo que
 quiero decir, pero mi
 intención lo expresa
 con la ironía de las estatuas!
 ¡El universo entero
 me aplasta con el sonido
 de una fanfarria y el
 metal blando del olvido!
 ¡Hoy los dioses están
 llorando demasiado
 sobre un paisaje que,
 como la tinta de una
 acuarela irresponsable,
 no se adhiere a las formas
 que desea el artista!
 ¡Esta humedad reinante
 es un verdugo cruel
 que sube al patíbulo
 pulmones inocentes!
 ¡Estoy al límite, límite,
 de algo desconocido
 y pavorosamente
 superior a mi comprensión!
 ¡Los dos han muerto!
 ¡Y el “Preludio de la gota
 de agua” vive en el alma
 de la sensibilidad de mi música!
(Voces dentro de George Sand).

GEORGE SAND.- ¡Frédéric, Frédéric, Frédéric!

Se abre la puerta de la sala y aparecen en el umbral de la misma George Sand y su hijo Maurice, totalmente empapados y con algunos paquetes en sus manos.

¡Por Dios!, ¿puedes oírnos?

CHOPIN.- *(Dominado por sus obsesiones).*
 Alguien parece llamarme
 desde cualquier rincón
 de mi atormentado cerebro.
 ¿Qué voces son esas?
 ¿Por qué y para qué me llaman?
 Si no contesto puede
 que se las trague el silencio.
 ¡Dios, estoy ciego!
 ¡No veo mis pensamientos!

¿Quién me llama? ¡Conteste!

GEORGE SAND.- ¡Hemos conseguido volver!
¡Somos nosotros, Amantine
y Maurice! ¡Maldita tormenta!

CHOPIN.- ¿Qué quieren ustedes?
¿Qué desean de mí?
¿Por ventura esas sombras
son las de la inspiración?
¿O la avanzadilla
de una legión de notas?

GEORGE SAND.- ¡Dios mío! ¡Tiene una crisis!
¡Hoy es día de visita
en su infierno mental!
¡Maurice, déjalo todo
donde puedas y ayúdame
a recostarlo en ese
sillón. ¡Vamos, pronto!

Maurice con total celeridad obedece a su madre y le ayuda a colocar a Chopin en el lugar donde dice George Sand. El compositor cae desmayado.

Hijo trae agua, puede
que no haya bebido
en todo el día.

MAURICE.- Sí mamá. (*Sale de la estancia y vuelve rápidamente con una escudilla con agua. George Sand, con sumo cariño y cuidado, le da agua y le remoja la frente*).

GEORGE SAND.- Está agotado y sediento,
seguramente que ha estado
componiendo muchas horas.
No sé cómo habrá podido
resistir el esfuerzo.

MAURICE SAND.- Con la enfermedad
no necesita provocar
a las pocas fuerzas
que le puedan quedar.

GEORGE SAND.- (*Contemplando a Chopin desmayado*).
He aquí el desmayo
de un hombre prodigioso,
dotado por el cielo
del mayor talento
concedido por las musas.
¡Todas las coronas de laurel

debieran ser para él!

Chopin comienza a dar muestras de estar recuperándose, al despertar de su desvanecimiento paulatinamente, reincorporándose poco a poco.

CHOPIN.-

El Pleyel me habla
como lo hacía mi madre,
cuando era niño y sufría
por no poder expresar
lo que mi oído captaba
musicalmente, y lloraba
de rabia llevando el compás
de mi pataleta manoteando
con un ritmo endiablado.

GEORGE SAND.-

¿Has tomado algún alimento?

CHOPIN.-

Mi música únicamente.

GEORGE SAND.-

No sé cómo puedes
sobrevivir así.

CHOPIN.-

¡Ahora recuerdo
con toda claridad
lo que me ha sucedido!
¡La lluvia empezó
a darle sentido a su
propio sonido y las gotas
sobre las hojas de las plantas,
en el tejado, los charcos,
el pavimento, los cristales
y todo cuanto tocaban
se convertía en música!
Una angustia como
un torrente furioso
me gritaba “¡deja
el teclado, abandona,
los dos han muerto;
ese diluvio los mató!”
¡Y yo no podía hacer nada,
solo sufrir y llorar!
¡Pero mis dedos sin control,
iban y venían, saltaban,
poseídos por gran delicadeza,
de una tecla a otra
del Pleyel y volaban
a anotar las nuevas
notas sobre el pentagrama;
el papel se retorcía
gozoso y la música

inundaba la sala,
la noche y mi alma!
¡El sonido armónico,
de una absoluta belleza,
se había apoderado
de mi ser, que débil
y enfermizo, recibía
la riqueza de tan extrema
y perfecta pujanza
creadora. Me visitaron
los monstruos de siempre,
que dócilmente se quedaron
extasiados a escuchar,
siendo yo una insignificante
parte de aquel todo perfecto!
¡Una fuerza superior
me decía internamente
que era dueño y señor
de todos los sentidos
musicales capaces
de vivificar las emociones!
¡Una llamarada de placer
del gozo de mi alma! (*Oscuro total*).

ESCENA VII

Tarde lluviosa, a plena luz del día, en una calle próxima a la Cartuja de Valldemossa, las casas de dicha vía están provistas de rejas en sus ventanas. Las lugareñas 1^a, 2^a, 3^a, 4^a y 5^a, en un improvisado corillo, chismorrean sobre la noticia del momento, el recién anunciado enlace de María Calafat y Pau Androver.

LUGAREÑA 1^a.

La novia, María Calafat,
se ha encontrado
con un buen mozo,
de los de “Por el
interés te quiero, Andrés”.

LUGAREÑA 2^a.

Es al revés, “Androver
por mi dinero me quieres ver”.

LUGAREÑA 3^a.

Como quiera que sea,
ella no es nada guapa,
sino bastante fea.

LUGAREÑA 4^a.

De ahí no puede salir
nada bueno, porque
el futuro de él estará
en la taberna y durmiendo
en la casa de cada amante.

LUGAREÑA 5ª.-

De flor en flor y con
el dinero de ella
poco va a descansar.

LUGAREÑA 1º.-

Más de una lagarta
se habrá quedado
con la miel en el deseo.

LUGAREÑA 2ª.-

Será en la boca.

LUGAREÑA 3ª.-

Da igual donde quiera
que sea, porque esa
miel seguirá estando
a favor de la que
la quiera probar.
Unos calzones bien puestos
dan para muchos
y variados revolcones.

LUGAREÑA 4ª.-

Ya lo decía mi madre,
“la culpa no fue de Eva,
sino de la manzana
que andaba de por medio”.

LUGAREÑA 5ª.-

¿Se sabe si va al altar
como Dios manda, o como
los calzones han dicho?

LUGAREÑA 1ª.-

Dios, en estas cosas,
da la respuesta
a los nueve meses.
De todas formas todo
se habrá andado;
embarazada o preñada,
¡qué más da!, pero
con las pocas ganas
que puede tener él...

LUGAREÑA 2ª.-

¡Cómo había de ir!
¡Mujer, la juventud
entra a por habas
a cualquier huerto!

LUGAREÑA 1ª.-

¡No creo que con esa
percha física que Dios
le ha dado, Androver hijo,
pase hambre ninguna
de conejo, él tiene
la veda siempre a favor!

- LUGAREÑA 5^a.- Pasáis de la carne
a las verduras sin avisar.
¿No hablábamos de habas?
- LUGAREÑA 2^a.- ¡Mujer, pareces tonta;
donde se ponga un buen
conejo, que se quiten
todas las habas!
- LUGAREÑA 5^a.- ¡Ah, ahora caigo!
- LUGAREÑA 3^a.- ¡No, ahora te despeñas!
- LUGAREÑA 1^a.- (*Pidiendo a las demás que atiendan*).
Atención, atención todas.
Mirad quien se acerca.
¿Creéis que a la francesa
le puede interesar
nuestra conversación?
- LUGAREÑA 2^a.- ¿Por qué no? Cuando
nos invadieron los franceses
vino a Madrid con ellos,
su padre era militar,
estando un año en España,
por lo que habla español
mejor que nosotras.
- LUGAREÑA 3^a.- ¿Quién te ha contado
semejante historia?
- LUGAREÑA 2^a.- El sacristán de la Cartuja.
- LUGAREÑA 5^a.- Es para creérselo,
porque ese sabe mucho.
- LUGAREÑA 1^a.- Ya llega, le preguntaré.
- George Sand, vestida de varón, con un puro encendido y un envoltorio de papeles bajo el brazo, ya a la altura del grupo de mujeres, por la parte de la calle de las fachadas de las casas, o sea, pegada a las rejas de las ventanas, es detenida por la Lugareña 1^a.*
- Buenas tardes, vecina.
¿Podría sacarnos de dudas?
- GEORGE SAND.- Buenas las tengan ustedes.
Dígame, si está en mi mano
les ayudaré encantada.
- LUGAREÑA 1^a.- Como ustedes y las familias

poderosas, económicamente,
se relacionarán entre sí,
hablarán de ciertas cosas,
por lo que la suponemos
enterada y requeté enterada.

GEORGE SAND.-

¿De qué me está hablando?

LUGAREÑA 2ª.-

En Valldemossa toda
no se comenta otra cosa.

GEORGE SAND.-

No suelo departir
con muchas personas.

LUGAREÑA 1ª.-

Pero lo hará con las
de clase superior.

GEORGE SAND.-

¿Quién es superior a quién?

LUGAREÑA 3ª.-

Los que tienen dinero.

GEORGE SAND.-

Pues discúlpennme,
hablo tan poco con
esos como con los otros.

LUGAREÑA 5ª.-

Lo que queremos saber
es si usted sabe
más que nosotros
sobre la próxima
boda de María Calafat.

GEORGE SAND.-

No conozco a esa mujer.

LUGAREÑA 1ª.-

La futura consorte
del mejor mozo de Valldemossa.

GEORGE SAND.-

Sigo sin comprender.

LUGAREÑA 2ª.-

Si mujer, Pau Androver.

GEORGE SAND.-

(*En guardia*). ¿Qué le sucede a ese joven?

LUGAREÑA 1ª.-

Que es el novio y futuro
marido de María Calafat.

GEORGE SAND.-

¡Qué está diciendo!

LUGAREÑA 3ª.-

El que se va a casar,
en menos de una semana,
con la primogénita

de la familia Calafat.

George Sand, queda paralizada, descompone su figura, se le cae el puro de la mano y, absolutamente descompuesta tiene que asirse a la reja de una ventana, para no caer al suelo.

GEORGE SAND.- ¡Pero si no puede ser!

LUGAREÑA 4ª.- ¿Qué dos jóvenes,
aunque sea por el interés
de uno de ellos, no
se pueden casar?

GEORGE SAND.- ¡Es imposible, no es verdad!

LUGAREÑA 1ª.- ¿Por qué habríamos de mentir
en algo que ni nos va
ni nos viene, si no es por
comentar... aquí es tradición.

GEORGE SAND.- ¡Los españoles no juran
en falso, no mienten
por mentir, ni violan
su palabra sagrada!

LUGAREÑA 2ª.- ¿Se encuentra bien?

LUGAREÑA 4ª.- Solo queríamos saber
en qué condiciones
llegará al altar
la novia, María Calafat.

GEORGE SAND.- Estoy mareada y muy mal.
Abran paso, por favor.
He de llegar a mi casa
cuanto antes.

LUGAREÑA 3ª.- ¡Está lívida como un muerto!

George Sand, como puede, se deshace de las cinco lugareñas y con trémulos pasos comienza a caminar calle adelante.

GEORGE SAND.- Esto que me acaba
de pasar es una
pesadilla mortal.
El aire me falta,
no puedo pensar,
la imagen de Pau
Androver me anula,
el corazón se me

para y el alma se me va.
No es posible que sus
juramentos de amor
fueran una falsedad.
No lo puedo creer,
ni tampoco aceptar,
que me haya mentido,
anoche mismo, sin piedad,
cuando no me dejaba
de besar ciego de amor.
Curtida en amores,
en sentimientos sin igual,
en mil batallas de pasión,
no puedo entender
cómo ha podido suceder.
Aunque si esta noche
no acude a la cita
por seguro lo he de dar.
Creo que moriré
antes de llegar a la celda,
por este terrible pesar
que me ahoga
como si fuese lo último
que pudiera soportar.
La felicidad se deshace
como la sal en el agua,
los suspiros en el aire,
el dolor en el tiempo
y el amor en la traición.
La vista se me nubla,
casi no puedo caminar,
y mis inseguros pasos
no saben dónde van.
He de hacer averiguaciones
antes de que la noticia
me pueda matar.
¡Qué abismo más profundo
se ha abierto ante mí!
En segundos pasas
de la vida a la muerte,
de la risa al llanto
y de la alegría a la tristeza.
¿Por qué no lo habrá dicho?
¿Tan joven y tan falso
puede ser al mismo tiempo?
Mientras más quieres
a alguien, su traición
es más mortífera.
Cuando se desea oír
lo que angustiosamente

se quiere, se acaba
sintiendo lo que
la otra parte no siente. (*Oscuro total*).

ESCENA VII

Espacio escénico intemporal. Pau Androver, con una carta en la mano, se lamenta con desesperación.

PAU ANDROVER.- ¡No tengo derecho
a lamentarme!
¡Carta lapidaria,
sentencia mortal!
¡Me lo merezco,
no me mata ella,
las leyes no escritas
que en Mallorca
se observan,
las culpables son!
(*Leyendo la carta*).
“¡Tu olor a vida
lo llevaré conmigo
hasta el fin de mis
ya infelices días!
¡Aun intuyendo
lo que podría suceder
arriesgué mi amor
en la batalla;
era todo tan bello,
que no hubo fuerza
humana que frenara
tanta felicidad!
¡Efímera ahora,
pero eterna siempre!”
(*Dejando de leer*).
Pensé que el remolino
de intereses sucios,
amorales y egoístas,
se dilataría en el tiempo.
¡Ingenuo de mí,
(no solo porque yo
los practicaba como
un delincuente más)
sino por esa corrupción
contagiosa que te inculcan
desde tus primeros pasos!
¡Dios me perdone
por no haber muerto
antes de aceptar
unas reglas del juego

al margen de toda Ley!

(*Vuelve a leer*).

“¡Tus besos serán
la alfombra invisible
de los pasos del dolor,
y tus promesas de amor
la carta magna
de todo mal innecesario!

¿Por qué, ahora que
lo sé todo, no confiaste
en mí? ¡Has de saber
que mi amor era tan absoluto
que llevaba el perdón
implícito en toda circunstancia!”

(*Dejando de leer*).

¡Así era su amor de universal,
y el mío tan pequeño
como una gota de agua en el mar! (*Oscuro total*).

ESCENA VIII

Luminosa mañana del día 13 de febrero de 1839, en el Mediterráneo. George Sand, en la borda del paquebote “El Mallorquín”, se confiesa al viento del Mare Nostrum.

GEORGE SAND.-

El horizonte es juez
de la lejanía,
inmoralmente parcial,
pues nunca lo alcanzas
para hablarle de tú a tú.
Esas volubles gaviotas
mienten en su vuelo,
pues da la impresión
de que van a caerse
y jamás lo hacen.

El salitre es un intruso
en el permisivo aire,
juega insistente a besarte,
aunque tú no quieras
y acaba humillándote.

El mar, ahítico de color,
es egocéntrico,
avaricioso y posesivo,
pues se ha apropiado
de todo el azul
del cielo con tal
voracidad que da miedo.
Mallorca se empequeñece
alejándose de mis ojos
y con esa actitud
me va matando.

Todo parece hacer hincapié
en una gran mentira,
como si el amor
que he vivido,
a quemarropa,
hubiera sido un crimen,
una mentira piadosa
de un mal sueño,
cuyo despertar
me ha helado el alma.
Él apareció ante mí
del brazo de una mascarada,
fruto del árbol prohibido,
la tentación irredenta
de lo irremediable,
y al mismo tiempo
como el sendero
que me conduciría
a la plena felicidad.
Tengo mucho que reprocharme,
pero cada uno de esos
reproches es un escalón
que me llevó al pináculo
de la plenitud del amor.
Sin ese mal nunca jamás
hubiese gozado de tanto bien.
Si niego el gozo absoluto
alcanzado, negaré
la realidad vivida
hasta el paroxismo
del placer total.
Por ello me duele tanto
este amor, que no sabría decir
si soy una mujer
o solo extremo dolor. (*Oscuro total*).

FIN DEL TERCER ACTO Y DE LA ÓPERA DRAMÁTICA “GEORGE”.

25/11/2023